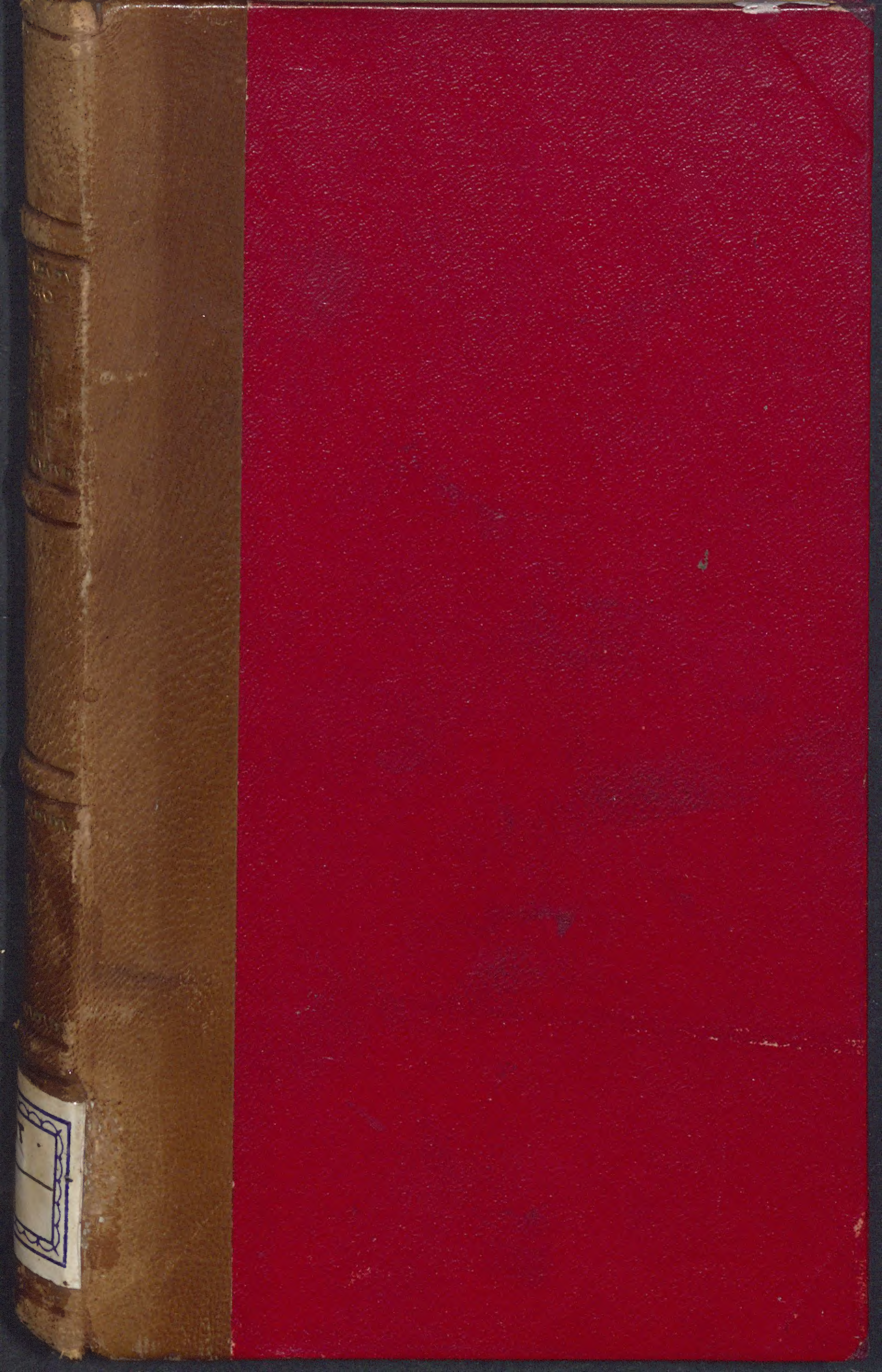
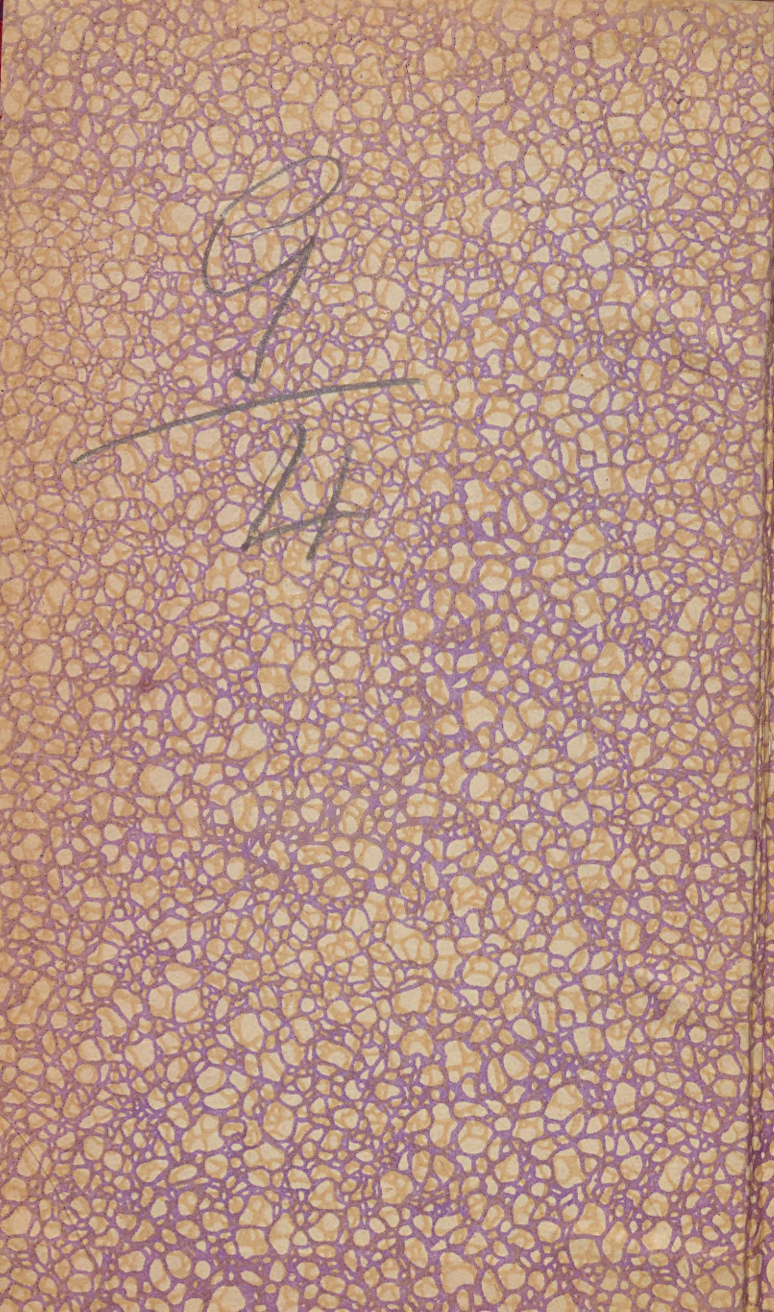
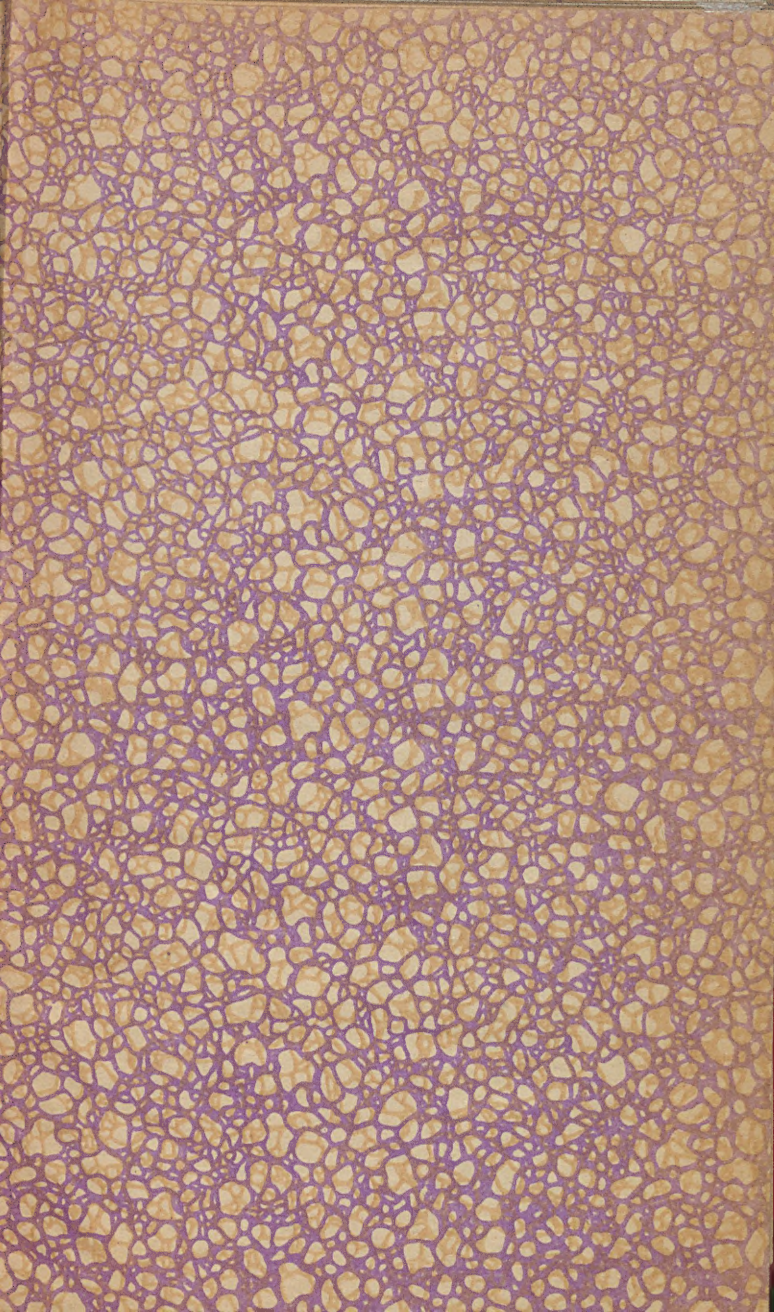



9/24



LAS ESCUELAS AL AIRE LIBRE

A su bondadoso amigo e ilustre Maestro D. Alejandro Guichot, muy afectuosamente,

Eloy Vaquero

LAS ESCUELAS AL AIRE LIBRE

ATMÓSFERA PURA, LUZ, FLORES, PARA LOS NIÑOS

POR EL PROFESOR

DON ELOY VAQUERO CANTILLO

•

PLANOS DE

DON FRANCISCO AZORÍN IZQUIERDO

ARQUITECTO

•

EPÍLOGO DE

DON RAFAEL CASTEJÓN Y MARTÍNEZ DE ARIZALA

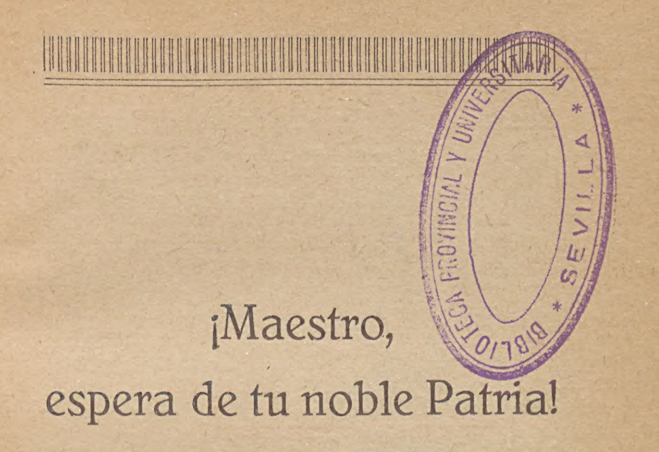
DOCTOR EN MEDICINA



CÓRDOBA

"MINERVA". - ARTES GRÁFICAS

1926



¡Maestro, espera de tu noble Patria!

(COMO PREÁMBULO)

Para los cultos maestros españoles, que conocen el admirable libro de don Domingo Barnés «Ensayos de Filosofía y Pedagogía» con sus dos interesantes capítulos sobre las escuelas al aire libre; que supieron enterarse con laudable curiosidad científica de la obra de don Andrés Manjón, en Granada, y de la de don Hermenegildo Giner de los Ríos y otros ilustres patricios, en Barcelona, la ciudad regazo de las «Escuelas de

Bosque» y de las «Escuelas de Mar»...; para ese meritísimo profesorado, que, con desgraciada frecuencia, sufrió la tortura de efectuar su santa labor en sórdidos locales de los que obligan a enfermar del cuerpo y del espíritu, sale a la luz de la publicidad el presente trabajo pedagógico, con el desinteresado objeto de divulgar la hermosa idea de la «Escuela al Aire Libre», mediante descripción sucinta de las Escuelas Obreras de Córdoba y breve información acerca de las características, estimación actual y modalidades de ese tipo de Escuela en algunas de las naciones más civilizadas de nuestro mundo europeo.

El autor de estas líneas no es un sabio investigador, ni un erudito; es un «maestro de acción», que lo que sabe del tema que trata, lo aprendió para aplicarlo en su Escuela. Presenta los varios escritos y disertaciones que si-

guen, con un sentido informativo exhortatorio: especie de memoria o relato animoso de sus campañas profesionales. Y el fin que se propone es también eminentemente activo: estimular a sus colegas a una lucha incesante en pró del saneamiento y embellecimiento de las aulas.

A veces, depende ello de la abertura o ensanchamiento de un ventanal; de la agregación de una faja de terreno colindante; de la plantación de unos árboles; de la construcción adecuada de unos retretes o de un pavimento, de una fuentecilla o de un techo raso... Pero, en ocasiones, señaladamente en el medio rural, el conseguir tales mejoras modestísimas encuentra serios inconvenientes en la indiferencia pública, representada por el total olvido del asunto escolar por el lado de las autoridades.

De ahí que el maestro no deba aislar-

se en la Escuela. Ha de educar a los niños, y ha de educar, sin humillarlos, a los hombres. Ha de ser el líder de la política pedagógica en cada pueblo. Bien es cierto que, en reciprocidad, ha de afectarse con todo lo que afecte a la colectividad de que forma parte.

«Necesita el maestro, dice don Luís de Zulueta, espíritu de ciudadanía. No formará ciudadanos quien no lo sea, quien no se interese por todos los grandes problemas nacionales y sociales, quien no tenga sensibilidad para percibir la vibración de las ideas en el ambiente contemporáneo.»

Pero, si muestra esa fina sensibilidad que pide el señor Zulueta y actúa de antena espiritual de su comuna, el maestro convencerá a las gentes de que no es un burócrata egoísta, reducido a ejecutar una función casi mecánica para poder cobrar el sueldo; hará oir su voz autorizada en los círculos de personas

influyentes; y con un poco de prudente y persuasiva diplomacia en el trato social y en la vida pública, cosechará para el fomento de la cultura tantos o más frutos que con su gestión laboriosa en el apartado recogimiento de la clase.

Mas permítasenos venir a nuestro humildísimo ejemplo. La Escuela Obrera cordobesa, que ha sido mencionada y de la que aún se tratará, era una Escuela rudimentaria, fundada en los comienzos de este siglo por el ansia instintiva de saber, de los trabajadores. Desde 1910, se la organizó como verdadero Centro docente, para lo que hubo que empezar por convencer a los obreros mismos, de que la enseñanza no es tarea trivial que pueda encomendarse al arbitrio de cualquier profano, sino que posee su técnica, sus métodos y procedimientos racionales, su base y orientación filosóficas. Se tuvo después necesidad de legalizarla, de encajarla

en un estado de derecho y de existencia normal y respetada dentro del Municipio, paso que habían detenido, tanto el recelo temeroso de algunos de los de arriba, como la ruda desconfianza y el torpe sectarismo de otros de los de abajo. Más adelante, frente a esas mismas resistencias morales, virulentamente agudizadas, y frente a obstáculos legales y económicos enormes, se alcanzó el mayor triunfo: instalar nuestras Escuelas en local adquirido en propiedad, un amplio y típico huerto cordobés, con aguas abundantes y horizontes risueños, con rosales, jazmines y claveles, olivos, limoneros y naranjos.

Lo realizado últimamente ha sido la excursión pedagógica que el que aquí relata hizo en 1925 al extranjero, a sus expensas particulares, con limitadísimos recursos, aunque con ilimitado fervor, viaje complementado durante el año que fina, con la propaganda por las confe-

rencias y artículos que a continuación aparecen.

De su fé y su optimismo es de lo que sin rubor se jacta el que esto escribe. Lo demás de la obra que va exponiendo, débese a una pléyade altruísta de nobles almas, de hombres de buena voluntad, que aportan inapreciables tesoros materiales y morales a esta empresa civilizadora y redentora.

Tales colaboraciones generosas y eficaces, hacen posible ahora la edición de las presentes páginas, que aspiran a ejercer de insinuante voz alentadora para los maestros españoles.

Ojalá que, al leerlas, sientan ellos aletear acariciantes en su espíritu aquellas promisorias palabras evangélicas:

«Pedid, y se os dará; buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá.»

«Porque cualquiera que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se abrirá.»



NOTA

Salvo alguna corrección aclaratoria indispensable, las tres conferencias que adelante se incluyen, han sido tomadas de los extractos que la prensa de Córdoba, principalmente el popular diario «La Voz», publicó al siguiente día de celebrados los actos en que dichas disertaciones fueron pronunciadas. Así los lectores podrán formar juicio, no sólo acerca de los pensamientos desarrollados por el orador, sino también respecto al ambiente en que los exponía. Quizás dicha manera sea la más propia de aquel carácter de animada memoria de una palpitante campaña cultural, con el que habíamos deseado que se ofreciera este libro.

I

En la Unión de Gasistas, Electricistas y Similares

CONFERENCIA DE DON ELOY VAQUERO

«La Voz» del miércoles 23 de Diciembre de 1925.

Anoche, a las nueve y media, como teníamos anunciado, se celebró en el local de la Unión de Gasistas, Electricistas y Similares la conferencia organizada por la Comisión administrativa de la Escuela Obrera de Córdoba, la cual corría a cargo del culto profesor don Eloy Vaquero Cantillo, que disertó sobre el tema «Las Escuelas al Aire

Libre: algunas de España y de otros países de Europa».

En primer lugar, el presidente de la Comisión administrativa de la Escuela Obrera, don Bernardo Garrido de los Reyes, pronunció breves palabras ensalzando la figura del conferenciante en términos precisos y elocuentes.

Seguidamente se levanta a hablar don Eloy Vaquero.

Comienza diciendo que, como es público en Córdoba, su viaje al extranjero obedeció al deseo de conocer de cerca las modernas orientaciones pedagógicas de las escuelas al aire libre.

Expresa su gratitud a la Sociedad de Gasistas y Electricistas y a cuantos le honran con su asistencia, creyendo benévolamente que de las ideas que exponga puede salir alguna enseñanza para ellos.

Mi propósito es caldear esta noche nuestra idea en el hogar proletario, con



ESCUELA AL AIRE LIBRE DE MONTIGNY-SUR-LOING.—Vista de las edificaciones
(París, Caja de las Escuelas del XX.º)

los intensos y sencillos amores de los humildes, para desde aquí extenderla luego por todos los ámbitos de la ciudad, hasta arraigarla en los corazones y los cerebros y verla florecer en rientes realidades.

La humanidad—prosigue—, las sociedades y muy especialmente la española, se componen de dos clases de hombres: unos, que creen que todo está bien hecho, que todo es como debe ser, y buscan o mendigan un acomodo que les permita vivir desahogadamente dentro de ese estado de cosas; y otros que, con ojo avizor, espían todo aquello que pueda traducirse en progreso, que tienda a satisfacer las ansias de verdad y de justicia que sienten los hombres honrados, para ponerlo en práctica inmediatamente. Son éstos, no los teorizantes, sino los actuantes, los militantes, gracias a los cuales hemos alcanzado todas las grandes conquistas de la ciencia y del

trabajo con que hoy la humanidad se enorgullece justamente.

En el orden pedagógico, pese a los adelantos conseguidos, hay todavía mundos enteros por explorar y plasmar. Se trata de los niños, «porvenir de la raza, porvenir de la patria, porvenir del mundo». Por eso los trabajadores, lastimados por las injusticias de la sociedad presente, tienen el certero instinto de interesarse con entusiasmo, más que otras clases, en aquellos problemas atañederos a la educación, que parece debieran ser preocupación privativa de los intelectuales y de los técnicos. Los obreros, pues, son y han debido ser los primeros en adherirse a este movimiento en favor de la infancia cordobesa.

Entra de lleno en la exposición del tema, y dice que cuando en parte del mundo civilizado se hablaba casi sólo en el tono especulativo acerca de las Escuelas al aire libre, en Córdoba, en la

Comisión Administrativa de la Escuela Obrera, se trazaba un plan completo, positivo, de establecimiento de una Escuela al aire libre en nuestra ciudad. A los pocos meses de haberse celebrado en París el Primer Congreso Internacional de las Escuelas al aire libre, se inauguraba la nuestra, en 1.° de Mayo de 1923.

Según informes de ese Congreso (no concurrió, desde luego, Alemania), «fué uno de los maestros de la ciudad de París, M. Gaston Lemonier, quien tuvo, desde 1890, el primero en Francia, la idea de realizar» clases de «plein air», después que un alemán, el Dr. Baginski, de Berlín, había reclamado esta transformación. Desde entonces, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Italia, en los países escandinavos, en Suiza, la Escuela al aire libre ha venido haciendo su camino.»

En Junio de 1920 se inaugura «l'Ecole

Aerium», primera Escuela al aire libre parisién, fundada por Lemonier.

Si no hubieran surgido lamentables impedimentos delante de la Comisión Administrativa de la Escuela Obrera, Córdoba hubiera tenido la honra de anticiparse a París.

En realidad, agrega el orador, nos hemos anticipado, como podrá verse cuando entremos en la definición de lo que debe ser una verdadera escuela al aire libre.

La idea moderna de este tipo de Escuela ha surgido en el extranjero desde el momento en que se ha podido pensar con horror (M. Ferdinand Merlin, Senador del Loira) «que un niño insuficientemente alimentado durante diez meses, que mora en una clase estrecha y polvorienta, para volver enseguida al ahogado alojamiento familiar; que un escolar cuyos músculos, cuyos huesos, cuyo sistema nervioso están en crecimiento,

es una planta delicada que es preciso vigilar; si no, esa planta se irá marchitando y será una presa fácil para la anemia y la tuberculosis.»

De aquí que las asociaciones o ligas contra la tuberculosis, las sociedades de medicina pública y cuerpos sanitarios (la Alianza de la Higiene Social, la liga de la Higiene Escolar, de la Higiene por el Ejemplo, de la misma Cruz Roja), en Francia y otras naciones, hayan sido frecuentemente las propulsoras de este movimiento reformista en la educación.

Tal intervención de entidades y autoridades médicas, higiénicas, benéficas, si bien provechosa en unos aspectos, ha hecho, a juicio del orador, desviarse a la idea de sus genuínos cauces de universalidad pedagógica; por lo que han venido considerándose como Escuelas al aire libre los que en realidad no eran otra cosa que sanatorios, preventorios, verdaderas hospitalizaciones o semihos-

pitalizaciones de niños raquíticos, anémicos, es decir, presuntos, o algunas veces declarados, tuberculosos. Con todo, los iniciadores más autorizados de esta tendencia, como M. Lemonier, no olvidaban su auténtico sentido; y probablemente habrían ya logrado, en particular en Francia, la completa revolución que pretenden, a no haber estallado aquella guerra cien veces terrible. Bajo la guerra, se impuso primeramente el instinto más primitivo de conservación, el más grosero materialismo, y vino el abandono de ciertas obras sociales que marcaban la más fina delicadeza humanitaria; y luego, pasada la catástrofe, eran tales los espectáculos de aquellos niños famélicos procedentes de las regiones invadidas o engendrados en las condiciones de miseria suma del período bélico, que a esos niños hubo que dedicar casi exclusivamente los escasos recursos para creaciones docentes, de los estados

en bancarrota; con lo que la Escuela al aire libre ha continuado siendo algo excepcional para niños enfermos, en lugar del modelo general, único, que se propugnaba.

Así, ante la confusión a que exponía el empleo de una denominación común para establecimientos de diversa índole, en el Primer Congreso Internacional de las Escuelas al Aire Libre verificado en la Facultad de Medicina de París en los días 24, 25, 26, 27 y 28 de Junio de 1922, fué necesario precisar qué era lo que se entendía por Escuelas al aire libre y qué por otra clase de Centros similares, a fin de sistematizar el estudio de esta rama de la Pedagogía y facilitar al mismo tiempo a la Administración la concesión concreta de créditos y demás auxilios a dichas instituciones.

Comenzóse asentando, en el referido Congreso, principios doctrinales como los siguientes:

«La Escuela debe ser el primer monumento de las ciudades, de los pueblos y de las aldeas.»

«A las Escuelas deberán concederse los terrenos más extensos y los mejor situados.»

«Para las construcciones escolares, los preceptos higiénicos deben prevalecer sobre las concepciones arquitectónicas.»

(Dr. Armand Delille).

«Las Escuelas al aire libre deben ser la regla, no la excepción.»

(Dr. Earp, por la Cruz Roja).

«La Escuela al aire libre es un Establecimiento pedagógico funcionando racionalmente.»

(Dr. Violette).

Fué propuesta la siguiente definición: *«La escuela al aire libre es un establecimiento donde, salvo intemperies prohibitivas, las clases tienen lugar al aire libre, y donde las aulas, empleadas*

excepcionalmente, están dispuestas de tal modo que aseguran a los niños la continuación del aire libre.»

(Informe de M. Marié-Davy).

Se ve que todas las Escuelas actuales de España y del extranjero con sus efectivos de alumnos sanos, pudieran y debieran llegar a transformarse en Escuelas al aire libre.

Sin embargo, en el Congreso citado, las imposiciones burocráticas a que antes aludí, la necesidad de relacionar con las realidades escolares vivientes al Estado y a los Municipios hizo que se sintetizara como sigue la diversidad de Escuelas del nuevo tipo, en el campo legal:

Definiciones dadas por el Primer Congreso Internacional de las Escuelas al Aire Libre:

A) Las Escuelas al Aire Libre comprenden cuatro categorías: 1.ª, Clases aireadas; 2.ª, Escuelas al Aire Libre, ex-

ternados; 3.ª, Escuelas al Aire Libre, internados; 4.ª, Preventorios.

B) Definición de la clase aireada: «La clase aireada es una clase, en la cual las ventanas, de un lado o del otro del aula, permanecen siempre abiertas.»

C) Definición de la Escuela al aire libre (a los efectos legales): «Establecimiento de educación situado en las afueras de las ciudades, en buenas condiciones de exposición y por el momento reservado a los niños no tuberculosos, pero necesitados de un régimen escolar-higiénico especial, bajo el control de un médico. Esta Escuela puede ser concebida sobre el tipo de externado, o sobre el de internado: el segundo, deberá ser ofrecido a los niños que padezcan en el hogar condiciones higiénicas defectuosas. Es deseable que esos tipos de establecimientos escolares se generalicen al conjunto de la población infantil.»

D) Definición del preventorio: «Los preventorios son establecimientos situados en el campo, donde aquellos niños más expuestos al contagio en el ambiente familiar, no febriles aún, ni contagiosos, pero atacados de formas iniciales latentes y curables de tuberculosis no pulmonar, son sometidos, en régimen de internado, a una higiene especial, constituída por alimentación cuidada, aireación contínua y asociación de reposo y entrenamiento físico, debidamente dosificados por la colaboración de un médico y un pedagogo.»

E) Edad preescolar: «El Congreso formula su voto en favor de que los establecimientos reservados a los niños de edad preescolar sean concebidos dentro de un espíritu de educación apropiada a su edad y reciban el beneficio del aire libre en las condiciones de aplicación que se considere más adecuadas.»

En verdad—continúa el señor Vaquero—que hacían falta estas definiciones, aquella exposición de principios, para señalar claramente una orientación que en todas partes tenía entusiastas partidarios, pero que acá y acullá, de distintas maneras se interpretaba. Yo, que conocía del Congreso de 1922 sólo incompletas y vagas referencias (no hubo en él delegados activos de España), y que advertía la misma confusión en las noticias de prensa que sobre creación o funcionamiento de Escuelas al aire libre podía encontrar, sentía impaciencia grande por estudiar sobre el terreno lejano de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, el desarrollo y estado de las expresadas instituciones.

Y en tal situación de ánimo, he aquí que me sorprende en «Le Journal», de París, la noticia que leo a continuación:

«Una Escuela de pleno aire para los niños del 20°

Ciento cincuenta chiquillos del 20° distrito de París han desertado del boulevar de Menilmontant, de la rue de Charonne, los barrios sombríos en que sus pulmones se endurecían lentamente. Un ferrocarril liberador los ha llevado más allá del bosque de Fontainebleau hasta Montigny-sur-Loing, donde ha sido instalada una escuela al aire libre, especialmente para ellos. Ahora van a vivir sobre grandes terrazas, en el seno de la naturaleza, con un cielo sin humos sobre su frente y la isla de Francia a sus pies. Esta Escuela modelo, que funcionará en invierno y en verano y que será en la época de asueto colonia de vacaciones, fué inaugurada ayer por M. Karcher, alcalde del vigésimo distrito», etc. (Mencionaba numerosas personalidades asistentes a la inauguración del Establecimiento.

Reuniendo como pude los necesarios recursos, aprovechando las vacaciones caniculares, al mes de haber leído este suelto, yo tomaba el tren una mañana en París, y a través del bosque de Fontainebleau, recordando u oyendo de cultos y deferentes compañeros de viaje, sabrosos episodios de la historia francesa en aquellos parajes desarrollada, llegaba poco después de las doce a Montigny-sur-Loing.

El edificio de la Escuela, precedido de un amplio jardín, está orientado al S. E. y situado en las avanzadas del bosque.

Le constituyen en primer término, aulas de un solo piso y de rústica y acogedora forma de cabañas pintorescas, y a continuación, dos pabellones de tres pisos y de arquitectura sencilla y elegante, unidos por un tercer pabellón transversal y del mismo porte, al fondo. El patio de juego está emplazado detrás

de esta edificación. Hay anejas varias parcelas para cultivo de legumbres por los alumnos, y otra parcela, lejos, en medio del bosque, a la que los muchachos realizan frecuentes excursiones.

Se trata de una Colonia escolar de vacaciones para niñas y niños, y a la vez, Escuela permanente para 64 niños distribuídos en dos clases.

En los indicados edificios hállanse dormitorios, cuartos de baños y duchas, enfermería, clínica (dentaria especialmente), cocinas, etc. Camas de campaña, terrazas y azoteas para la cura al sol, refectorios alegres... componen un conjunto armónico, una suerte de palacio encantado, adonde los niños pobres del 20° distrito de París, por turnos y preferencias que marca la prescripción facultativa, acuden a beber la salud y la felicidad.

Por sistemas de grandes ventanas con cierres graduables, las aulas están es-

meradamente ventiladas e iluminadas; y lucen decorados de bella simplicidad artística en motivos pictóricos al fresco, que reproducen la fauna y la flora de la región...

No hallé terminadas las edificaciones. En Agosto de 1925, cuando visité la Escuela, tenían aún que hacer en ella un poco los albañiles y carpinteros. Pero, por lo que existía, es fácil suponer cuán perfecta será ya tan hermosa fundación.

Habla de otras escuelas parisinas, además de la de Montigny. Por ejemplo, «l'Ecole de plein air municipale du bulevar Beissiere». Tiene servicio extraescolar de ayuda social. Consta de un cuerpo de mampostería de construcción muy sobria, de un solo piso, en terreno de las antiguas fortificaciones. Tiene aulas bien iluminadas y aireadas, con sólo el testero norte macizo, y los tres restantes casi en total acristalados, de

ESCUELA DE MONTIGNY.—Las aulas

forma que entre a raudales la luz, y el aire a voluntad por medio de cierres especiales. Hay servicio dentario excelente, cantina y ropero escolar.

Pero el material lo constituían mesas bancos corrientes, como para servir siempre en local cerrado. Apúntese, que la crudeza del invierno en Francia exige dotar las aulas de escogida calefacción.

En esta Escuela, el orador encontró admirable el servicio de asistencia social, el esmero con que se averiguan las condiciones higiénicas, pecuniarias, morales, de la familia del alumno, y se procura mejorarlas, en relación con entidades como el Dispensario Antituberculoso, la Caja de las Escuelas, la Permanencia de la Interayuda social, la Cooperativa Unión y Trabajo, el Hospital Gouin, el Taller Escuela de la Cámara de Comercio de París y otras instituciones del distrito o de la ciudad. A unos niños, se les busca oficio. A otros, se

les aparta discretamente de su hogar desmoralizado, a éstos, se consigue colocarlos en preventorios, y a aquéllos se les encuentra hospedaje en el campo durante la enfermedad contagiosa del padre. Seis familias de salud dudosa estaban encomendadas a los cuidados del Dispensario, etc., etc.

Los dos establecimientos reseñados dan idea de lo que, con ligeras modificaciones, son los ensayos de Escuelas al aire libre en la ciudad de París.

Visitó en dicha capital unos grupos escolares de la calle de San Dionisio, por conocer su aneja Escuela Maternal, que, en efecto, le produjo franca admiración por su completo material de enseñanza sistema Montessori, así como por la gran competencia que el profesorado femenino revelaba en la aplicación de aquel prolijo material a sus hermosos fines educativos. Pero en tal grupo de Escuelas, se acusaba en la mayoría

de las clases la penuria de la postguerra, en el material anticuado con bancas atornilladas al pavimento y de plazas para tres, cuatro y más alumnos. Las aulas son amplias, iluminadas y ventiladas, todo lo posible; los patios de recreo, extensos, aunque sin matices de fronda vegetal; los edificios buenos, costosos... Con su valor, ¡cuán bellas Escuelas pudieran hacerse del nuevo tipo!

Hace referencia concisa de unas cuarenta Escuelas al aire libre en toda Francia, entre ellas, notable y de las más antiguas, la de Vernay en Lyon, fundada por el célebre político M. Herriot.

Anticipa la conclusión de que, después de su viaje, se siente orgullôso de lo hecho en la Escuela Obrera de Córdoba, pues no somos, dice, tan ignorantes y débiles como nos imaginamos; y acaso nos falta únicamente más confianza en nosotros mismos y un esfuer-

zo poderoso de la voluntad, para ponernos al nivel de los pueblos que marchan a la cabeza de la cultura.

Detalla rápidamente sus impresiones en las visitas hechas a otras Escuelas de Londres y Bélgica, poniendo a la disposición de los oyentes curiosa colección de postales y fotografías, y refiere, por último, la gratísima impresión que le produjeron las escuelas del Bosque y del Mar, de Barcelona, y las de los «Jardines de la Infancia» y «Grupo Escolar Cervantes», de Madrid, pues unas y otras, dice, pueden parangonarse con las mejores del extranjero.

El esfuerzo hecho en Francia para la creación de escuelas antes de la catástrofe mundial, fué verdaderamente gigantesco. La guerra agotó las disponibilidades económicas de la vecina República, y como consecuencia irremediable, trajo la paralización del plan de creación de escuelas.

Nosotros no hemos tenido guerra. Estamos en inmejorables condiciones para la ejecución de la empresa benemérita que supondría el establecimiento de algunos centenares de Escuelas al aire libre, ya que al contrario de lo que sucede en otros países donde el clima es hostil, tenemos un sol espléndido y un cielo hermosísimo. Hay que hacerlo, estamos en la obligación de hacerlo, porque todo lo que trabajemos por la infancia, lo aportaremos al glorioso engrandecimiento de la España futura.

El señor Vaquero fué aplaudidísimo y recibió innumerables felicitaciones por su notable disertación.

• • •



II

LA ESCUELA OBRERA AL AIRE LIBRE

Es graduada (tres grados actualmente), acoge niños de 6 a 14 años, y funciona de 9 a 12 de la mañana y de 2 a 5 de la tarde. La descripción siguiente se toma de una nota explicativa suscrita por el Director y por el competente arquitecto don Francisco Azorín.

La Escuela Obrera de Córdoba se halla situada en la casa número 23, duplicado, de la calle Arroyo de San Lorenzo, con una fachada a la de Escañuela. Su emplazamiento es sano: el terreno en que se asienta, de acarreo y

escombros, permeable y a mayor nivel que la vía pública y solares contiguos, forma especie de un ángulo de las afueras entrante en la población, por lo que, sin quedar muy alejada del centro urbano, está rodeada de huertos, o bien de edificaciones de poca altura y grandes extensiones descubiertas, las cuales, a través de un espacio jalonado por artísticas torres cercanas, dejan divisar al horizonte pintorescos paisajes de la Sierra o la Campiña.

La mayor parte del local es también descubierto, como reclama la nueva modalidad de Escuela-jardín o Escuela-huerto, que se pretendía dar a la Institución. El espacio no edificado tiene zona destinada a patio de recreo, y otra, mayor, dedicada a jardines, con una alberca central y pozo anejo con bomba aspirante-impelente, unida a un depósito que envía el agua a los retretes, disimulados en un extremo del patio de jue-

go, y lavados cada veinte minutos por descarga de cisterna automática.

En medio del huerto se ha emplazado una rústica fuente de agua potable, en cuyo surtidor, de elevación adecuada, pueden beber los alumnos.

Toda la finca tiene fácil desagüe por su correspondiente caño con sifones, que acomete a la alcantarilla del Arroyo de San Lorenzo.

Frente a los jardines y como continuación de ellos y a la linde de la calle de Escañuela, se han dispuesto las clases cubiertas, cuyos elementos constructivos, y solerías, ventanales, cielos rasos, etc., se ha procurado que sean de los materiales hidrófugos más convenientes.

La iluminación de las tres aulas es bilateral diferencial; la fachada, calada casi por completo, mira a los jardines interiores, está bien defendida del sol estival, y es preservada de los vientos

por el arbolado y por una especial disposición topográfica. Ello permite tener totalmente abiertos los ventanales, poco menos que permanentemente; y sin cristales en su parte superior, aun en el tiempo más crudo. El volumen de aire puro de que disfruta cada niño, no tiene, por tanto, limitación.

Se ha de notar, por último, que los jardines, a más de su misión higiénica y estética, la tienen pedagógica, por lo que son tres, separados por seto vivo; y corresponde cada uno a un aula techada, y aula es él al aire libre, donde, dado nuestro benigno clima, pueden desarrollarse las enseñanzas durante casi todo el curso.

• • •



III

En el Centro Obrero (Santa Marta, 6)

2.ª CONFERENCIA DE DON ELOY VAQUERO

«La Voz» del martes 5 de Enero de 1926.

Anoche a las nueve, como oportunamente anunciamos, dió en el Centro Obrero de la calle de Santa Marta su segunda conferencia, continuando la exposición de sus estudios de escuelas al aire libre, el culto profesor don Eloy Vaquero Cantillo, sobre el tema «Educación racional en contacto con la naturaleza».

En primer lugar, el presidente de la Sociedad de Ebanistas, don Juan Morales, pronunció breves palabras para agradecer al señor Vaquero su deferencia al dar la conferencia a los obreros.

Seguidamente don Eloy Vaquero se levanta a hablar.

Comienza diciendo que noches pasadas un amigo y colega le mostró su extrañeza de que él hiciese un viaje al extranjero para ocuparse de otra cosa que no fuese de política. Muchas respetables personas creen también que por el mero hecho de haber yo militado en un partido democrático, no puedo ir por Europa a estudiar el problema de las escuelas al aire libre, para después exponer aquí mis impresiones aplicadas al desarrollo cultural de Córdoba y muy especialmente de su clase obrera.

Nada quita el dedicarse a investigar estos problemas abstractos y colectivos para sentir preferencias por un ideal

político, como para sentir por ejemplo, aficiones artísticas, todo lo cual se armoniza en el alma compleja de un hombre de civilización occidental.

Precisamente en el tema de que trata el disertante se da un caso de gran complejidad, pues la «Escuela al Aire Libre» no entraña sólo una idea simplista de modificación en la estructura material y forma externa de la escuela; sino que esa síntesis cifrada en un rótulo, en un nombre, es de contenido tan denso y tan fecundo en derivaciones, que para llegar a cifrarlo, se ha exigido que el pensamiento del hombre haya ido elaborando durante siglos un nuevo ideal de la vida y de la educación.

Habla de los estragos causados por la guerra, y recuerda la frase del gran Galdós: «nunca son peores las guerras que cuando concluyen». La guerra grande, no sólo causó la muerte a siete millones de hombres, sino que hizo enfer-

mar a centenares de millones de almas, saturándolas de materialismo, que, a la larga, produce esa insensibilidad ante todos los problemas humanitarios que en la hora presente nos ahoga.

Aún entre hombres de tanta emoción como los de los grupos de izquierda, teneis que confesarme que pesa la actual atonía. ¡Cuántos de nuestros amigos, sumidos en una desesperanza en que lo creen perdido todo, se desentienden hasta de estas cuestiones de cultura popular, que otras veces tanto les preocuparon! Y es que, también para los individuos de nuestra raza y nacionalidad, influye otra funesta causa interna: el vicio de la voluntad resumido en el lema de «todo o nada». Se olvida que el ideal de la perfección absoluta es irreal; que hemos de resignarnos a progresos siempre parciales, y que el secreto estriba en poner en las etapas y en cada acto de la evolución todo el calor de la más pura idealidad.

A los efectos del brío combativo por la Idea, debiéramos ver la humanidad futura y la meta suprema de nuestras aspiraciones, como sintetizadas y condensadas en la aspiración concreta realizable mañana mismo en nuestro medio circundante. Debiéramos poner todos los ardores y toda la devoción, en cualquiera de los avances inmediatos por el camino del progreso.

Porque podemos forjar con la fantasía y hacer brillar ante nuestro entendimiento arrobado una paradisíaca ilusión de lo perfecto absoluto según nuestra mayor exaltación política, social, religiosa... Mas, por mi parte, he comprendido que, si cualquiera de esos sueños dorados se realizase durante mi existencia, yo no podría dejar de luchar por mejorarlo, por hacerlo más bello todavía... ¿Luego mi actitud es de eterna inquietud y eterna aspiración? Pues, entonces, colocado en este punto del espacio y del tiempo en que hoy me hallo,

cumplo mi ley luchando en mí mismo y en la naturaleza y en la sociedad, por perfeccionar mi alma y las otras almas y el mundo y el alma del mundo, la cual ha escogido para su asiento a mi especie y para su órgano invencible al cerebro del hombre... Y como sé que la ley suprema con que titila ese alma del todo y de todos es la liberación de la Humanidad, yo, en mi ideal y en mi espíritu, que en esencia son libres de toda opresión, no desfallezco porque me vea rodeado de tinieblas en lo presente; pues me basta erguirme un poco y dirigir la mirada hacia la luminosidad del porvenir, para que ninguna tiranía sea potente a impedirme que en cualquier momento y lugar me considere y me goce como de cierto y en definitiva redimido y triunfante.

Estimo que los maestros deben hallarse tan penetrados de esa emoción fervorosa que he tratado de describir,

ESCUELA DE MONTIGNY.—El patio de recreo

que insensiblemente, han de consagrarse a ejercer, no sólo dentro, sino también fuera del aula, su apostolado educador, movidos siempre por aquellos sentimientos que a su pedagogo Mister Huss atribuye Wells en su libro «La Llama Inmortal», dirigido a todos los profesores del mundo, y que tan doctamente ha glosado don Domingo Barnés en sus «Ensayos de Pedagogía y Filosofía»:

«Vos sostendreis, doctor, dice Huss a un filósofo agnóstico, que esta llama que arde en mi pecho y a la que yo llamo Dios es el producto de vuestro «proceso»; yo no puedo probaros lo contrario; pero lo que yo sé es que esta llama, una vez encendida en el corazón del hombre, quema allí como un fuego devorador... Domina su conciencia con una potencia que se impone. Le impulsa a consagrar su vida entera a trabajar y a luchar por la unidad, la liberación y

el triunfo de la humanidad... *«En mi fuero interior yo sé que mi redentor está vivo»*.

Así, la aspiración de la Enseñanza del protagonista de la novela de Wells, M. Huss, en su colegio de Woldingstanton consistía «en encajar el espíritu de la generación naciente, mediante la historia, en el pasado de la humanidad; mediante las lenguas y la literatura general, en el espíritu y trato de los pueblos extranjeros; mediante la biología, en la vida total considerada como un inmenso organismo, y mediante la Geografía, en el mundo entero. Que el hombre se injerte en el seno de la humanidad y llegue a sentir a su generación como uno de los eslabones de la «diamantina cadena de la historia».

Se comprende, dados estos nuevos horizontes abiertos a la educación por el pensamiento moderno, que nos repugne la escuela antigua, estrecha y tene-

brosa, donde la tradición se esforzaba por troquelar a las generaciones nacientes en los moldes herrumbrosos de unos textos inexpresivos y áridos.

Dice que si los maestros se limitasen a acatar lo que se conoce de la época actual y de las pasadas, la palabra progreso sería completamente vacía de sentido, no lograríamos dar un paso más en el camino de la civilización; he aquí la causa de que en todos los países del mundo, los hombres del profesorado sean los más progresivos, los más avanzados, los más innovadores.

Pero es el caso, agrega, que en la reforma educativa se ha partido de dentro a fuera, del contenido al continente, del niño y el maestro, al aula. Se ha sustituído el bárbaro aforismo de «la letra con sangre entra», por el confianzudo lema «instruir deleitando». Se ha hecho desaparecer al antiguo dómine, maestro de primeras letras, sin más sólido bagaje

intelectual, por lo común, que las mismas, y sin más recursos para enseñar algo del resto de las ciencias, que el texto frío de preguntas y respuestas, ingurgitado, a fuerza de disciplinazos y demás castigos corporales, por el inflexible y embrutecedor sistema memorista. Hoy abundan los maestros cultos, preparados para la educación integral (intelectual, moral y física), y en los programas oficiales no se prescribe sólo el leer, escribir y contar, el Ripalda y Fleury, sino se patrocina la enseñanza de la Geometría, del Dibujo natural y lineal, de la Geografía, la Historia y el Derecho, de las ciencias físico-químicas y naturales, etc., etc. Hoy son del dominio de los profesionales de la enseñanza los principios de Spencer de que en la instrucción de los niños hay que ir de lo concreto a lo abstracto, de lo fácil a lo difícil, de lo particular a lo general, de lo empírico a lo racional... y están en

auge los procedimientos intuitivos, y por axiomático pasa que para el educando y para el estudio interesante y provechoso, es mejor que leer, oir; y mejor que oir, ver; y mejor que ver, hacer... Se tiene por indiscutible que el alma infantil «no es un recipiente que hay que llenar, sino un germen cuyo desarrollo hay que favorecer y cuidar».

Digo, pues, que en el seno del sacerdocio educador se ha ido labrando esta convicción de la necesidad y del deber de efectuar de acuerdo con la naturaleza del niño nuestra importante tarea de prepararle para la vida, y así hemos llegado al momento en que nadie niega en teoría esa educación y en que por muchos y en la medida que les es posible, se la va realizando.

Pero, ¿hasta dónde es hacedero verificarla, dentro de las escuelas actuales, dentro de las condiciones de los edificios que constituyen las escuelas actuales?

No hay duda de que, por inteligente que sea un maestro, por abundantes los materiales de enseñanza de que disponga, si el recinto del aula que se le ha destinado es insuficiente, mal ventilado e iluminado, húmedo, aprisionado entre el hacinamiento ponzoñoso de las ciudades o empantanado entre la zafia y absurda suciedad de la aldea, quedará desamparada irremisiblemente la educación física; y entre las ruínas lamentables de ésta, mal podrán levantarse las lozanías de la educación moral, que consiste por mucho en inspirar buen gusto, sentido de la estética, horror a lo feo en todos los órdenes, amor de las gracias y alegrías del vivir, supremo anhelo de abatir el dolor y el malestar, como quiera que obstaculicen el disfrute de la naturaleza por el hombre. De malas escuelas (y lo son casi todas las actuales), gran fortuna y mérito de los profesores será que salga otro fruto que

el de una educación fríamente intelectualista, con sabores de tristeza y de cansancio enfermizo, los cuales amortiguarán o matarán acaso en el alumno el sano amor a la ciencia, para todo el resto de la vida.

En cambio, la Escuela al aire libre, según experiencias sobre numerosos individuos y sin contraindicaciones de que hasta ahora se haya hecho mérito, «contribuye (son expresiones del doctor Rollier) a formar caracteres rectos y bien templados, enemigos de todo lo que es bajo y mezquino, y devuelve sus alumnos robustos y saludables, gozando de la plenitud de sus facultades y en condiciones de dar libre vuelo a su inteligencia, que se abrirá sin esfuerzo a nuevas enseñanzas».

La Escuela al aire libre (señor Barnés) acabará con el absurdo de la reclusión del niño «entre las cuatro paredes del aula, aislado de la Naturaleza,

como rueda separada del engranaje total de que forma parte».

Establece el señor Vaquero un interesante parangón entre las Escuelas Obreras al aire libre, que dirige, y la escuela de su niñez, con su corralillo-retrete, sus rancias suciedades en el pavimento y en el techo, su mugrienta tinaja de agua y mohoso vaso de lata para todos, su cerco exterior de muladares corraleros... Allí no cabía el verdor de una planta, ni era posible la convivencia con nosotros de ningún animalillo, a no ser los gorriones prisioneros que inconscientemente martirizábamos en la estación de las crías, manteniéndolos bien encerrados bajo la «carpeta», a pesar del cartel que los defendía, colocado a la puerta de la clase por los agentes del Gobierno.

Nuestros niños tienen al alcance de la mano flores, frutas, palomas, pececillos... Transcurren los años sin que se

registre un incidente que acuse los tan exagerados instintos salvajes de la infancia. Sin embargo, no es raro todavía que tengamos que convencer a los adultos de que no es excesiva la libertad en que dejamos a los muchachos, ni la alternancia con que combinamos los trabajos mentales con los ratos de recreo.

Por nada ni por nadie se debe olvidar la naturaleza del niño. La realidad respecto a ella es que lo capital en la edad infantil descansa en el desarrollo físico, al que todo debe subordinarse. Encierra profunda verdad el adagio de que «más vale criar burros que enterrar doctores». Aparte de que en el período escolar sobra tiempo para aprender lo necesario, y de que la mayor eficacia de la Escuela será el apego al estudio, el amor a los libros que de ella se saque.

Conviene repetir aquí—continúa—algunos principios, tan divulgados en los libros de Pedagogía e Higiene, que no

sé si los diré con mi expresión propia o los recitaré literalmente tomándolos de un manual cualquiera:

Es gran equivocación la de atribuir al aire los constipados. La atmósfera confinada de los recintos en que se aglomeran personas produce ese mal y otros mucho peores.

El aprendizaje del uso de todos los sentidos y su afinamiento, el de la marcha y sorteo de obstáculos, así como la aparición de las virtudes cívicas y de solidaridad entre los condiscípulos, se dificultan con la quietud forzada en las estrecheces de la clase, tanto como se favorecen con la actividad desembarazada en los espacios descubiertos de horizontes lejanos y bajo la bóveda profunda de los cielos.....

El crecimiento supone una constante actividad de supernutrición para que la sangre circule rápidamente y riegue los órganos, los cuales necesitan en los ni-

ños de bastante más calorificación y asimilación que la precisa en los adultos, puesto que éstos solamente han de nutrirse para conservarse. En comparación con el hombre, es en el niño más pequeño el corazón y más anchas las arterias, por lo que en el muchacho va la sangre con un trabajo mucho menor a regar el organismo y necesita estar muy oxigenada, lo cual se facilita en atmósfera pura, y por los movimientos veloces del juego, que obligan a los pulmones a funcionar con toda su potencia.

Es craso error pretender que la estancia al aire libre y la movilidad espontánea del juego pueden sustituirse por la aburrida gimnasia, productora de exceso de ácido úrico y perturbadora del sistema nerviso y del armónico desarrollo muscular.

Ha de ser la actividad del niño, precisamente a pleno aire, porque, con ocasión de ella, absorbe siete veces más

oxígeno que si está en reposo; y, dada esa verdad, es también cierto que en lugar cerrado, el ejercicio (y es muy difícil evitar que sea casi continuo en el niño) se convierte en septuplicado envenenamiento.

Lee a continuación algunos párrafos del informe higiénico-médico presentado por el doctor Violotte al Congreso internacional de Escuelas al aire libre de 1922, documento en el que se deduce la consecuencia lógica de que éstas son las únicas que deberían existir.

Señala el esfuerzo que supone la Escuela Obrera graduada, en jardines de la propiedad de la misma, pero pide su posible mejora, con vistas a la creación de un ropero, una cantina, una colonia campestre y un taller-escuela.

Se extiende en consideraciones atinadas sobre las ventajas incalculables de la escuela única, incluida en el programa político de potentes partidos extran-

jeros, y trata asimismo de la pedagogía obrera sindical iniciada ya por Proudhon y continuada por Zoretti y otros filósofos y sociólogos.

Recuerda el carácter excepcional, filantrópico, con que, según tiene expuesto, se ha manifestado hasta ahora en el hecho la Escuela al aire libre, cuando nada hay en ella que no encaje perfectamente en la ideología pedagógica y social, universalista, que el orador ha venido esbozando.

Insiste en las características generales de las Escuelas al aire libre:

Extensión de terreno lo más dilatada posible, y aquél bien situado y orientado, con jardines dentro, y enlace directo al exterior con grandes arboledas, con huertos cultivables, y a veces con los jardines públicos, vedados a los transeuntes a ciertas horas, para que únicamente los utilicen y disfruten los escolares.

Nada de lujos y derroches arquitectónicos en las edificaciones. Desde luego, departamentos sencillos, claros y lo suficientemente espaciosos, para roperos, cantinas, clínica, en particular dentaria, refectorios, salas de baños y duchas, dormitorios en los internados, etc., etc.

Los salones de clase, con cristaleras o sin ellas, abiertos por tres de sus caras, o en cobertizos descubiertos por las cuatro para preservar únicamente de la lluvia. Si la fábrica consistente lo requiere, aulas pavimentadas y azocaladas hasta más de un metro, con madera y otros materiales a propósito contra la suciedad y la humedad; y decoradas con esculturas, con reproducciones de cuadros célebres, o con hermosas fotografías, o con motivos pictóricos de factura ingenua, que se prefiere reproduzcan la fauna y la flora comarcales.

El material de trabajo y los asientos y pupitres, suelen ser portátiles, para

poder trasladar la clase a cualquier sitio ameno y salutífero. Hay sillas-pupitres de tijera, fuertes, ligeras y económicas, de las que he traído diversos fotograbados, las cuales me parecen fácilmente imitables, y adaptables a nuestras necesidades y deseos, contando con la probada competencia de nuestros carpinteros y ebanistas.

Dice que hay que hacer a Barcelona la justicia de que sus Escuelas de Montjuich, del Guinardó y del Mar, no ya resisten la comparación con las del mismo tipo de Francia, Inglaterra y Bélgica, sino que las superan en más de un detalle de los que revelan sólida preparación pedagógica, intenso amor a la infancia y a la cultura, y gusto cultivadísimo y exquisito.

Advierte que los mapas de cemento por el suelo, o en las fuentes y pilones, o pintados por las paredes, así como los esqueletos o los aparatos y órganos

del cuerpo humano, también por los muros, entre máximas morales, tablas aritméticas, etc., solamente los ha visto en las Escuelas del Ave María, de Granada, que visitó en 1917, o en las del Sagrado Corazón, de don Manuel Siurot, en Huelva, en donde ha unos meses estuvo. Parece que se estima preferible en Europa el que los mapas y demás dibujos de la supradicha especie los tracen a la ligera en pizarra, papel o arena los propios niños, y los rectifiquen, borren y recompongan e inventen, para que así se despierte su interés creador, porque, estereotipados siempre y fríamente aquellos diseños en lugar inmóvil, acaban por ser inexpresivos, perder toda vida, no excitar la menor curiosidad.

Y no se hable de la Estética, que tanto puede padecer y ha padecido con los feos cartelones y otros cuadros de belleza dudosísima colgados o pintados en las aulas.



ESCUELA OBRERA DE CÓRDOBA.—Patio de recreo.-Profesores y alumnos ante el fotógrafo


BIBLIOTECA PROVINCIAL Y UNIVERSITARIA * SEVILLA *

Es claro que, en tal orden de cosas decorativas, no admitiría movimiento mal hecho una Asociación de fines tan espirituales y depurados, como la que actúa en Francia con el título de «El Arte en la Escuela».

Como caso notable de Escuela al aire libre con aplicaciones a un interesante fin social, cita la Stowey House, Open Air School, de Londres, dirigida por el notable pedagogo Mister Green.

La escuela ocupa unas veinticuatro áreas en medio de la populosa metrópoli. La rigen cuatro profesores de cada sexo, con el Director (the Head-Master). Acoge 302 alumnos, por mitad niñas y niños, que se reclutan en los barrios bajos del S. O. de Londres. Verifican en el establecimiento tres comidas diarias (sólo dos el sábado), o sea, diecisiete comidas semanales por alumno. Les cuidan tres cocineras. Cada educando paga, mensualmente, desde tres chelines y

cuatro peniques, hasta cero, según una gradación descendente correlativa con el menor o mayor número de hermanitos en la respectiva familia. De veintidós libras esterlinas por niño y año es el coste total. El Condado de Londres sufraga el importe del traslado en tranvía de la casa a la Escuela, y suple la diferencia resultante entre ingresos y gastos.

Mister Green nos explicó a varios colegas de diversas poblaciones británicas y a mí, en visita del mismo día, que sus alumnos eran una especialidad de enfermos de raquitismo congénito, nacidos en el seno de familias depauperadas por los efectos de la guerra; y se proyectaba trasladarlos, terminada su educación, a climas menos duros que el de su país natal; probablemente, a Australia y otras colonias inglesas del Pacífico, con lo cual ellos librarían de una muerte prematura, no debilitarían la

raza en su solar metropolitano, y cumplirían, por último, una eficaz función colonizadora, para la que ya los preparaban.

En efecto, practican modestos ensayos de cultivo agrícola; han construido por sí mismos los barracones de madera que constituyen aulas, comedores, dormitorios o salones de reposo tras las refacciones; durante éstas, son ellos los que por grupos de simuladas familias se sirven los platos y velan por el orden y la compostura. En una pequeña eminencia del suelo del jardín se ha figurado una montaña con yacimientos mineros, y en su falda y a orillas de un pretenso río cercano a cierto mar se ha tenido que levantar una ciudad nueva; se ha canalizado el tal río, y en él se han hecho esclusas y compuertas con tejoletos y latones... Por un ingenioso y tosco sistema de conducción viene a dicho paraje el agua, por la que acaso

navegan gentiles barquitos..., en fin, la fantasía infantil y otros curiosos pormenores acaban de poblar y animar aquel pueblo imaginario.

Refiere cómo en la primera Open Air School que visitó en Londres (47, Bow Road), todavía al comienzo de la tercera decena de Agosto, el primer día del nuevo curso allá, vió que sobre el terreno de las clases al aire libre había necesidad de entarimados de rejilla de madera, para preservarse de la gran humedad que en el suelo se advertía. Humedad, insiste, natural de aquel clima, de inclemencia extraordinaria con relación al nuestro. Sin embargo, allí hay movimiento entusiasta en favor de las Open Air School, de las cuales existen más de un centenar, cuatro en Londres, y las restantes en diversas localidades de Inglaterra.

Aboga por la ejecución en Córdoba de un plan de creación de Escuelas de

la moderna tendencia, plan que, partiendo del proyecto del arquitecto señor Azorín, importaría un millón y medio de pesetas, las que en pocos años podrían ahorrarse, pues el Ayuntamiento gasta anualmente 54.640 pesetas por alquiler de locales escolares, que no reuniendo ninguna de las condiciones debidas, nos cuestan, próximamente cada decenio, tanto como valdrían en venta, sin que a pesar de tal sacrificio, puedan nunca pasar a la propiedad del pueblo.

El señor Vaquero fué muy aplaudido por su notabilísima disertación, plena de doctrina pedagógica,

• • •

IV

La Previsión Médica y las Construcciones Escolares

Artículo publicado en «La Voz» de Córdoba el sábado 9 de Enero de 1926.

En mi reciente conferencia del Centro Obrero leí el adjunto trabajo, tomado y traducido de un informe del Dr. Violette, ante el primer Congreso Internacional de las Escuelas al Aire Libre. Entre las notas y documentos recogidos en mi viaje de la última canícula, he concedido especial interés a dicha información, no sólo por su admirable método, preciso y luminoso, sino porque, re-

dactada sobre el supuesto de una población infantil semejante a la de Córdoba, puede ser aportación muy útil a la solución del problema de las construcciones escolares en nuestra ciudad, otras veces tan culta, y siempre tan merecedora de nuestros leales amores.

Dejo la palabra al Dr. Violette, para que nos instruya y conmueva con sus significativas y graves indicaciones de las necesidades de la población escolar en relación con los diversos tipos de Escuela al Aire Libre:

«Estas indicaciones son de dos clases, médicas y sociales:

Indicaciones médicas: la tuberculosis domina principalmente el problema de la preservación escolar. El profesor Méry puntualiza: En torno de la adenopatia traqueobronquial, gravita toda la cuestión de la tuberculosis encerrada en la escuela.

En las ciudades, aproximadamente,

de cada cien niños de diez años, edad media escolar, en sesenta de ellos los órganos respiratorios han sido sembrados de bacilo tuberculoso (cuti-reacción-positiva), y cuarenta no han sido sembrados (cuti-reacción-negativa).

No sembrados (40 por 100), dos categorías: robustos; raquíticos (no es de este lugar inquirir la causa).

Sembrados de bacilo (60 por 100), tres categorías: las dos primeras corresponden a lo que Shiga ha llamado el estado de incubación de la tuberculosis pulmonar.

Primera categoría: 44 por 100. Sembrados de bacilo, en los que la resistencia sobrepasa la infección, bacilares ocultos del profesor Calmette. Ellos se hallan, dice éste, en estado de infección bacilar, de tal modo, que no son todavía, o ya no son, verdaderos enfermos tuberculosos. Salvo *cuti*, son clínicamente indenunciables: estado general,

satisfactorio; radioscopia, casi siempre negativa.

Segunda categoría: 15 por 100, sembrados de bacilo, en los que la infección y la resistencia se contrabalancean, bacilares latentes del profesor Calmette; en éstos, de un momento o otro puede romperse el equilibrio. Son clínicamente denunciables, y se subdividen: 10 por 100, que tienen un estado general bastante bueno y signos radioscópicos menos desfavorables; 5 por 100, que tienen un estado general mediocre y signos radioscópiços más desfavorables.

Tercera categoría: al menos un 1 por 100 sembrados del bacilo, en los cuales la resistencia flaqueó. Estos tuberculosos evolutivos, raramente encontrados en las escuelas, no han menester de más atención en este lugar.

Indicaciones sociales: La una, la insalubridad del medio urbano, común a todos los habitantes de las aglomera-

ciones, la cual es particularmente señalable en materia de preservación escolar.

Las otras causas, solas o asociadas, deben considerarse a propósito de cada caso. Independientemente de la miseria que escolta el pauperismo, el alcoholismo, etc., y no mencionando sino las más imperiosas, están representadas, sobre todo, por las viviendas antihigiénicas, o por el contacto con un tuberculoso contagioso. Se puede cifrarlas en los siguientes cálculos, necesitados, seguramente, de revisión y confirmación.

Ante 100 sembrados de bacilo en edad escolar:

Un 29 por 100 viven en contacto de tuberculoso contagioso. Un 28 por 100 viven en contacto de tuberculoso contagioso y en habitaciones malsanas o sobrepobladas. Un 22 por 100 viven en habitaciones malsanas o sobrepobladas. Un 21 por 100 no se encuentran en esas condiciones de contacto y habitación.

En total, 57 por 100 representan el «cuantum» de los contactos. Y sin duda, esa cifra sería más elevada si todos los «sembradores» intermitentes del bacilo fueran descubiertos.

Documentados de tal suerte, podríamos ahora decidir la importancia relativa que habría que dar a cada tipo de Escuela al aire libre. Para fijar ideas, supongamos que hemos de repartir, según las proporciones marcadas en las indicaciones precedentes, un contingente de 10.000 escolares.

Desde luego, haríamos entrar en preventorios:

1.° El 5 por 100 que figuran en la segunda categoría, segunda división de las indicaciones médicas, o sea, 500 niños.

2.° Sobre el 10 por 100 de la primera subdivisión de dicha segunda categoría (1.000 sembrados de bacilo), un 57 por 100 inadmisibles para los externados a pleno aire, que serían 570 niños.

Así, los preventorios escolares deberían disponer en provecho de nuestro grupo, de 1.070 camas. Y serían, pues, 430 plazas las que pediríamos a las escuelas-externados de aire libre.

Sin ser exigentes respecto a los 4.400 sembrados de bacilo de la primera categoría, mal amparados sin embargo, pese a sus más favorables apariencias, contra los ataques de bacilos, que, ocultos a la sombra de un ganglio, acechan un decaimiento de la defensa o esperan refuerzos; sin querer acordarnos de aquellos de nuestros niños salidos de los preventorios que las condiciones del alojamiento familiar no han cogido de nuevo, ni de los no sembrados de bacilo, pero raquíticos, tendremos en total (¡espantoso contingente!) más de 5.500 escolares, comprendidos en ellos los 430 ya albergados (con frecuencia harto provisionalmente), 5.500 escolares, repetimos, que tendrían necesidad de que

su resistencia fuera constantemente reforzada; que tendrían necesidad de morar, tanto cuanto durasen sus estudios, en escuelas-externados permanentes de aire libre.

Es lo mismo que concluir que todos los niños de edad escolar debieran ir a escuelas de aire libre, puesto que los 3.500 individuos sanos de nuestro contingente de 10.000 no correrían con ello otro riesgo que el de venir a ser mucho más robustos.

Por consiguiente, todas estas realizaciones efectuadas, sólo tendríamos dos clases de establecimientos escolares:

1.ª Las escuelas ordinarias, externados permantes al aire libre, cuyos procedimientos no sacrificarían ninguna de las facultades físicas, intelectuales y morales a desarrollar, y donde colocaríamos a 9.000 de los niños que nos hemos encargados de repartir.

Y 2.ª Los preventorios escolares per-

manentes, en los que dominaría el empleo de los medios que cultivan las facultades físicas y que recogerían el otro millar de nuestros alumnos para encargarse de su guarda momentánea o temporal.»

Envío

Me dirijo a la docta clase médica cordobesa. Según el doctor Violette, sus conclusiones han sido deducidas de estadísticas y observaciones realizadas sobre núcleos urbanos franceses, de aproximado censo de cien mil habitantes; algunas de ellas, sobre la ciudad de París; y por consiguiente, es más que probable, que al tratar de aplicarlas a Córdoba, necesiten de rectificación más escrupulosa todavía que la que el propio Dr. Violette reclamaba.

El día quizás próximo en que se ponga mano enérgica en el relevo urgente de nuestro atrasadísimo alojamiento es-

colar, deberán conjugarse, hermanados (si hemos de atender a los imperativos de la Ciencia), los consejos del Médico, del Arquitecto y del Pedagogo.

Yo soy un profano en orden al sabio estudio que acabo de copiar... ¿Saldré, tal vez, osadamente, del círculo en que me recluye mi modestia, si me atrevo a ofrecer el ensayo de la rectificación de cálculos expresada, al prestigioso cuerpo médico de esta capital, en el que abundan los hombres de alma joven y generosa, en guerra incesante contra el dolor humano, y particularmente contra el dolor de la niñez?...

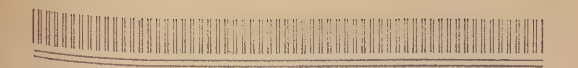
Mil perdones, en todo caso, por este requerimiento, que formulo con íntima y afectuosa consideración.

• • •



ESCUELA DE MONTIGNY.—El comedor





V

En la Normal de Maestros

3.ª CONFERENCIA DE DON ELOY VAQUERO

«La Voz» del martes 26 de Enero de 1926.

Ayer a las cuatro y media de la tarde, como anunciamos oportunamente, se celebró en la Escuela Normal de Maestros la conferencia que, organizada por la Asociación Provincial del Magisterio, estaba a cargo del culto profesor don Eloy Vaquero Cantillo.

Con el conferenciante tomaron asiento en la presidencia la directora de la Normal de Maestras, doña Irminia Al-

varez; el director de la de Maestros, don Manuel Blanco Cantarero; los catedráticos de este centro señores Gil Muñiz y Carreras Pons, y el presidente de la Asociación, don Eduardo Delgado.

Don Manuel Blanco Cantarero pronuncia breves palabras enalteciendo la figura del antiguo y querido alumno de esta Normal don Eloy Vaquero, hoy ayudante de la sección de Ciencias de la misma, y alentando a la Asociación provincial del Magisterio para que continúe con actos como este, estrehando los lazos que deben unir a todos sus miembros.

Seguidamente se levanta a hablar don Eloy Vaquero, que comienza agradeciendo las cariñosas palabras del director de la Normal, y dedica un saludo muy afectuoso a los compañeros, al digno claustro de la Normal, y uno especialísimo a la prensa de Córdoba, que, convirtiéndose en tornavoz de su pala-

bra, ha difundido sus estudios sobre las Escuelas al aire libre.

Dice que anunciar en Andalucía el tema de su conferencia—«Aires puros, luz y flores para los niños»—equivale a decir Escuela al aire libre.

Los motivos que me han impulsado a emprender mi campaña en pro de estas escuelas son humanitarios y patrióticos. Por humanidad debe libertarse a los niños del encadenamiento con el pasado y de la hipoteca leonina con el futuro.

Lo mismo que el avaro, que se priva hoy hasta de lo necesario, guardándolo para un problemático porvenir, así nosotros atiborramos tal vez de intelectualismo a los niños, para que el día de mañana sean «hombres de provecho», privándolos del aire, de la luz y de la alegría, condiciones indispensables para la salud, tanto física como intelectual y moral de la niñez.

Analiza los esfuerzos que se hacen

en todo el mundo para que las escuelas al aire libre sean las únicas que existan, a pesar de tener que luchar con las dificultades que ofrece el clima desapacible, y dice que su alma se rebela al ver cómo desaprovechamos nuestro sol de Andalucía, que luce espléndidamente hasta en estos días del tan temido Enero.

Advierte que lo poco que él sabe lo aprendió, más que en los libros, en la práctica y en las luchas de la vida, y que, aun careciendo de condiciones de orador, hace esta campaña en favor de las escuelas modernas, movido por el amor propio de español, que no quiere que su patria se quede a la zaga de las demás naciones civilizadas, en un momento en que por las nuevas orientaciones puede ponerse a la vanguardia.

Tampoco es que pretenda haber descubierto el Mediterráneo con su viaje del verano último. «Nada hay nuevo bajo el sol». Aunque también es verdad

que nada es idéntico más que a sí mismo. Yo, en fin, en esta campaña, solamente he querido contribuir a esclarecer un concepto que aparecía algo confuso: «el concepto de Escuela al aire libre, tal como en el extranjero viene a constituir la última palabra de la pedagogía». De esta que desde Herbart parece que va a ser una ciencia, pero que, en realidad y en rigor, quizás no lo es aún.

Entre los numerosos tanteos para someter a sistema racional la enseñanza de los niños, no han faltado desde la más remota antigüedad ejemplos e intentos de verificarla en pleno campo, en íntimo contacto con la naturaleza. Por consiguiente, y a poco de ponerse a ello, no faltaría quien nos pudiera presentar, como precursoras de la Escuela al aire libre, las Escuelas indias bajo los árboles, y en el orden histórico regional, las escuelas de la Córdoba romana, que, a

creer a cierto cronista de la ciudad (don Luís Maraver y Alfaro), se hallaban en los aledaños de la acrópolis, en medio de extensos y frondosos jardines, situados aproximadamente por donde hoy los «patios de San Francisco». Y si hasta el tiempo de la reconquista perduraron, como afirma dicho señor, los jardines de las Escuelas de la colonia patricia, ¿quién sabe si también alguna vez durante la Edad Media educaron en ellos a sus alumnos los maestros musulmanes o los cristianos de la Ajarquía?

Desde luego, es del dominio vulgar que «escuela» en griego significaba tiempo de recreo, horas de descanso, y es muy sabido asimismo que «academia» viene de Academo, el dueño de aquella finca con amenos jardines, respetada en sus incursiones por los lacedemonios, situada en un arrabal de Atenas, o a mil pasos de Atenas, y lugar

convertido en gimnasio donde Platón enseñó la filosofía.

Mas, siempre que tratemos de la educación en la antigüedad, tengamos presente que no la disfrutaba la inmensa mayoría de la población, pues la triste verdad era ésta que Compayré consigna en su Historia de la Pedagogía: «En el siglo de Pericles, en el más bello tiempo de la República ateniense, no olvidemos que había en Atenas cerca de 400.000 esclavos para cortejo de 20.000 ciudadanos libres.

En todo caso, y aunque por cualquier accidente de localización o emplazamiento queramos imaginar que el mahometano enseña el recitado del Corán en un patio de naranjos delante de una mezquita, o el rabino incrusta «ad pedem litterae» sus salmos fuera del prisma cuadrangular de la sinanoga, eso no puede tener el significado moderno de Escuela al aire libre. Porque la Es-

cuela al aire libre es un bello cuerpo, cuya alma propia, especial, inconfundible, es el método activo y el procedimiento intuitivo, aspiración a «urbanizar el campo y rusticar la urbe», fomento del amor a la Naturaleza y al Arte, disciplina de la actividad y de la libertad, religiosidad profunda empapada de amor al prójimo, sin odio, sin obcecación, sin fanatismo fratricida.

Y este alma fué de la Escuela nueva lo primero que vino al mundo, como reacción salvadora del Renacimiento, contra el ascético, premioso y anquilosado pensamiento de la Edad Media.

Este alma rió, acaso por primera vez, cuando en el siglo XVII Juan Locke puso al frente de sus teorías pedagógicas el postulado fecundo «un alma sana en un cuerpo sano» y expresó su símil entre la capacidad para resistir la fatiga corporal y la entereza moral para sufrir las contrariedades de la vida.

Hace mención de otros precursores mediatos o lejanos de la Escuela al aire libre. A más del citado filósofo sensualista inglés, también Fenelón, en Francia y en igual centuria, sostiene la conveniencia de que estudio y juego ocupen en la enseñanza tiempos alternativos.

Pero fué Juan Jacobo Rousseau, el famoso y discutidísimo ginebrino, filósofo, político, sociólogo, pedagogo, quien, con la utópica educación de su «Emilio» en plena libertad y en pleno campo, marcó enérgicamente, entre las borrascas de una polémica que aún continúa, el rumbo hacia la Escuela al aire libre.

Con razón pueden afirmar los señores Gil Muñiz y Pertusa, en su notable Pedagogía Moderna, que Rousseau ha influido poderosamente en la constitución científica de los estudios pedagógicos; que el respetar la naturaleza del niño, adaptarse a su desenvolvimiento y hacer que viva su propia vida y no la que

le impongamos los adultos, son principios que vienen directamente de Rousseau y que rigen instituciones y ensayos educativos en el país más renovador de la tierra en esta materia: los Estados Unidos; y «que las escuelas al aire libre, escuelas del bosque, colonias escolares, paseos y excursiones campestres, son lecciones que los siglos XIX y XX han recogido del *Emilio*».

Bacon, Descartes, y, sobre todos en Pedagogía, Rousseau, con la maza demoledora de su filosofía vehemente y paradójica, derribaron audazmente los postes y tablillas de aquel coto cerrado del saber medioeval. Ellos llevaban en el alma ese lema valeroso del genio español descubridor de América, que ha ido ahora escrito en las alas del hidroavión del comandante Franco y que se graba en nuestras monedas, como timbre de gloria de nuestra raza: «PLUS ULTRA».

Dados los primeros, importantes pasos en el camino de restituir el ser humano a la Naturaleza y a su contacto maternal, ya los precursores lejanos de la Escuela al aire libre se suceden sin interrupción; y ora son (siglo XVIII) los filantropistas alemanes (Basedow, Gutsmuths, Salzman) quienes hacen que sus alumnos comiencen la labor con trabajos en el jardín, y sostienen que el cuerpo debe ejercitarse la mayor parte del día al aire libre, con calor y frío, con viento y lluvia, para fortificarle contra la intemperie; o bien son compatriotas nuestros los que, como Fray Martín Sarmiento, recomiendan que el maestro saque al niño de la escuela y le lleve ya al campo, ya a la ciudad, mostrándole las cosas que deba conocer, o como don Gaspar Melchor de Jovellanos, preconizan ejercicios para el desarrollo físico, por ejemplo: «andar, correr, trepar; mover levantar y arrojar cuerpos pesados;

huir, perseguir, forcejear, luchar y cuanto conduce a soltar los miembros de los muchachos, desenvolver todo su vigor y dar a cada uno de sus movimientos y acciones toda la fuerza, agilidad y destreza que convenga a su objeto, por medio de una buena dirección».

Alcanzan el siglo XIX, o dentro de él desarrollan totalmente su vida, precursores insignes como los siguientes: Pestalozzi, discípulo de Rousseau en política y en pedagogía, preso en el primer aspecto por periodista revolucionario, y en el segundo, por haber sido el sacerdote de la intuición, el apóstol de la educación y redención de los humildes, el fundador de la escuela elemental popular; nombre el suyo luminoso, que nunca será bastante recordado y bendecido; Froebel, que pedía para cada escuela de párvulos un huerto o jardín donde cada niño cultivara una pequeña parcela, si bien la denominación de sus

«Jardines de la Infancia» (Kindergarten) significara, principalmente, que los niños deben educarse con el esmero que requieren las plantas más delicadas y preciosas; Juan Macé, el creador en Francia de la Liga de la Enseñanza, que, deseando ante todo despertar en las alumnas un gran amor a la naturaleza, quiere la educación en pleno campo; Félix Pecaut, fundador de la Escuela de Fontenay-aux-roses, una escuela similar a nuestra Superior del Magisterio, para el femenino francés, situada cerca de París, «en el campo (señores Pertusa y Gil), para que la atmósfera viciada moral y materialmente, de una gran ciudad, no perturbara los cuerpos, ni las conciencias, de las que iban a marcar rumbo a la educación de la mujer del pueblo, y cerca de la capital, para que pudiesen recibir el influjo de su cultura y de sus grandes capacidades».

De la patria de Horacio Mann, los Estados Unidos, de donde tantos antecedentes pudieran traerse en defensa de mi tesis, señalaré tan sólo a Dewey, que afirma que «en la Escuela no puede haber silencio, ni las cosas pueden obedecer a una colocación reglamentaria, ni el niño estará fijo en el mismo sitio».

Dedica el orador un respetuoso recuerdo a doña María Montessori en sus bulliciosas y animadísimas «Case dei Bambini»; a Manjón, en sus cármenes granadinos; a los ilustres hermanos Giner de los Ríos, don Francisco en la Institución Libre de Enseñanza, y don Hermenegildo en la Comisión de Instrucción Pública del Ayuntamiento de Barcelona laborando por las escuelas de bosque del parque de Montjuich...

Pasa seguidamente, ampliando datos de sus anteriores conferencias, a mencionar otros precursores inmediatos y realizadores actuales de estas escuelas

modernas, según antecedentes que fueron recogidos y consignados por el Primer Congreso Internacional de Escuelas al Aire Libre.

Aparece el primèro un alemán, Baginski, que en 1881 solicitó de la ciudad de Berlín, sin ser atendido, la organización de una Escuela al aire libre.

Ciertas conclusiones de previsión médica votadas en 1887 por la Academia de Medicina de París impresionan a un maestro que desempeñaba su escuela oficial en Saint-Ouen, cerca de la capitalidad francesa, M. Lemonier, quien ya entonces ensaya dar su clase a pleno aire siempre que el tiempo se lo consiente.

En 1902, cerca de Berlín, abre el doctor Becher una estación de convalecencia al aire libre para niños salidos del hospital.

En 1903, el doctor Le Gendre reclama en Francia la creación de sus escuelas sanatorios.

En 1904, el doctor Benedix funda su escuela del bosque en los alrededores de Charlottemburgo, poblado anejo a Berlín, la cual ha sido presentada en España, por pedagogos eminentes, como la primera Escuela al aire libre.

En adelante, se acentúa el movimiento a favor de tales escuelas, y tenemos, entre otras, la fundación de la de Vernay, en Lyon, 1907, por el doctor Vigne y M. Herriot; «l' Ecole au soleil», en el valle de Ormonts (Suiza), por el doctor Rollier; y, resumiendo, en los Estados Unidos llegan a 700 las escuelas al aire libre en 1911; y en Italia, en Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Noruega se crean numerosos establecimientos docentes del nuevo tipo.

Bajo la infausta paralización oficial de este movimiento en el occidente europeo, traida por la penuria económica de la postguerra, celébrase el Congreso Internacional de 1922, ante el cual aque-



ESCUELA AL AIRE LIBRE DE RIXENSART.—(Creada por la ciudad de Bruselas)

periencia que pueden ser útiles a sus compañeros, y porque hallándose entre espíritus que por su trato con los niños son propicios a la indulgencia con las ingenuidades, le comprenderán y disculparán, y querrán entender que en toda su aventura de estudiante viajero, hay acaso algo del sentido caballeresco que los maestros españoles deben dar a su vida, si aspiran a que les admiren e imiten sus alumnos, y por ellos, que lleguen a la vida adulta saturados de idealidad, sea el Magisterio el que en un próximo porvenir coopere con impulso formidable a la salvación de nuestra nobilísima patria.

Cuenta que, años recientes, solicitó pensión de la Junta de Ampliación de Estudios, para ir a estudiar las escuelas del extranjero, y que, como era de esperar, dados sus escasos méritos, no la obtuvo. Entonces comprendió que para colocarse al nivel de sus ambiciones, su

deber era realizar el proyecto por propia cuenta; y ya iba a marchar sin recomendación alguna, cuando la noche de su partida tuvo la fortuna de encontrar al señor Inspector de Primera Enseñanza, don Mariano Amo Ramos, quien afectuosamente le aconsejó llevara presentaciones y le entregó al efecto tarjetas para el señor Barnés y otras prestigiosas personas de Madrid; por cuyo medio alcanzó de don Luís Santullano, Secretario de la citada Junta de Ampliación de Estudios, cartas de presentación para Francia y Bélgica. Respecto a Inglaterra, el señor Santullano le manifestó no tener frecuentes relaciones con aquellos organismos de la enseñanza pública, aunque le indicó la conveniencia de solicitar en Londres el apoyo del Cónsul de España.

Desde aquí rindo el tributo de mi profundo agradecimiento a los señores Amo, Barnés y Santullano, así como al

tre otros niños por cuya salud se imponen desvelos las autoridades del país. Los niños son admitidos hasta los doce años, y las niñas hasta los trece. Se trata de un Establecimiento médico-pedagógico.

Menciona otra escuela belga, de mar, la de Mariakerke, separada de su sede y fragmentada, a causa de la guerra, e instalada provisionalmente en Ostende. El local es uno cualquiera, que se alquiló y adecuó a sus fines temporales, como las circunstancias lo permitieron; pero los profesores salen con sus alumnos a dar sus lecciones en las dunas de aquellas playas deliciosas, buscadas por los millonarios de todo el mundo y que la moderna tendencia pedagógica pone a disposición de los niños pobres, los cuales en uno de los marcos privilegiados de la naturaleza y en el seno de una de las más bellas poblaciones aristocráticas de Europa, reciben, con las salu-

tíferas brisas del Mar del Norte, los beneficios morales imperecederos de la cultura.

Hace notar que en todos los Centros docentes que visitó en su viaje se practica la coeducación de niñas y niños. Lo primero que presenció al entrar en una de las Open Air School de Londres, fué algo encantador: un grupo de inglesitas de diez a doce años, en corro colocadas y a las gratísimas notas de un piano, danzaban armoniosamente, y a la vez, cantaban unas melodiosas y añejas tonadas populares del condado de Londres; que esa música antigua de sabor local, se investiga actualmente con devoción y se tiene en gran estima en Inglaterra. Los niños, entre tanto, trajinaban en unas faenas agrícolas del jardín. La diferencia fundamental de sexos impone naturalísimamente separaciones, para enseñanzas, labores y aprendizajes distintos; mas no puede proscribir

en absoluto la convivencia en el mismo solar, ni el efectuar conjuntamente actos y ejercicios didácticos de interesante carácter común. Tenemos el mejor universal ejemplo en la vida familiar, donde un mismo techo cobija amoroso a las hijas y los hijos. En fin, en las naciones vecinas, está definitivamente resuelto el problema de la coeducación, y pienso que extraña allí sobremanera que haya todavía gentes doctas que lo discutan.

El modelo más candoroso, más alejado de la malicia que el disertante conoce, es el de la Escuela al Sol de Versailles («l'Ecole au Soleil de Gally a Trianon»). Se halla situada a la extremidad del canal del Parque, junto al caserío de un cortijo, y sus instalaciones son barracas de madera. Posee sillas-pupitres portátiles, modelo Rollier, de las que traje fotograbados, y que me dijeron ser muy económicas (unas 13 pe-

setas según los cambios a la sazón). Es un semipensionado de niñas y niños de seis a doce años: contribuyen a los gastos con un tanto muy módico los alumnos, y el déficit lo suplen varias entidades. Funciona «l'Ecole au Soleil» durante las vacaciones de las escuelas ordinarias. Tiene carácter especial de sanatorio de helioterapia, o cura por el sol, cuyos rayos reciben los niños de ambos sexos vigilados de cerca, entrenados gradualmente, desprovistos de calzado, tocados de ancho y leve sombrero si el calor lo requiere, vestidos tan sólo con unos calzones ligeros y amplios («le culotte-caleçon»). La inocente naturalidad, concluye el orador, con que se desenvuelve la vida en aquellas clases al aire libre, aleja los pensamientos deshonestos de la mente del visitante, y de seguro no puede haberlos en aquel ambiente de sencilla y sana honradez.

Refiere a continuación algunas anécdotas de su viaje, por ejemplo, la de su vuelo de París a Londres, y la de su desorientación cerca de Versalles, en medio del Parque, tan dilatado, que parece bosque, donde pensó que, si en imaginarios parajes semejantes, el Valjean de «Los Miserables», buscando su escondida fortuna, encontró el cariño mayor de su vida hallando a Cossete, el orador, sin saber bien lo que buscaba, se descubrió a sí mismo como uno de tantos aventureros de su raza, luchando en remotos países, con sólo las armas de su espiritualidad, su idealidad, su quijotismo, al calor de los cuales quisiera fundir el sanchopancismo letal que ha venido apoderándose de nuestro pueblo.

Reitera las manifestaciones expresivas de la sorpresa agradabilísima que a su vuelta le produjeron, en Barcelona, las Escuelas de Bosque y de Mar y el

Grupo Escolar Baixeras de la Gran Vía Layetana; y en Madrid, los Jardines de la Infancia y el Grupo Escolar Cervantes. Tiene palabras de afectuosa gratitud por el trato hidalgo y cordialísimo de que fué objeto en la ciudad condal, por parte de varios periodistas de diversos matices y por los competentes y amables funcionarios de la Comisión de Cultura del Ayuntamiento.

Aparte los Centros docentes del tipo moderno, es en general titánica, merecedora del reconocimiento admirativo de la patria, la obra cultural de Barcelona. Su ejemplo es tanto más digno de señalar e imitar, cuanto que sabemos que a últimos de 1922, el propio Presidente del Consejo Nacional de Instrucción Pública confesó que en España «había necesidad de construir 30.000 escuelas y hacían falta 70.000 maestros».

Mas vengamos a Córdoba. Yo no me complazco en dirigir vituperios a los

grupos caciquiles que cesaron de administrarnos; pero digo que, desde 1917, en que sólo pagábamos 17.480 pesetas anuales por alquileres de casas-escuelas, hasta el último presupuesto del antiguo régimen, en que se ha llegado a pagar, pesetas 54.640 (112.000, si contamos casa-habitación para los maestros y otros gastos análogos), un núcleo de hombres no hemos dejado de clamar y luchar contra tal absurdo, ni de presentar soluciones fundamentadas para ese problema pavoroso de las construcciones escolares, cuya no solución devora por centenares (informe del doctor Violette) a los niños cordobeses, y los deja por millares con el cerebro entenebrecido por las sombras de la ignorancia. Y las clases dirigentes del Municipio no han querido hacernos caso. Unicamente pudimos arrancarles tras combates reñidos, la Escuela del Campo de la Verdad y la Biblioteca Popular. A ve-

ces, hemos conseguido que se consignara cantidades en el presupuesto... En 1920-21, 113.000 pesetas, para los proyectos escolares del señor Azorín; en 1921-22, nuevamente 113.000 pesetas; en 1922-23, 100.000... Total, 326.000 pesetas... ¡Y se gastaron en otras cosas esos dineros! Y hasta hubo período en el que, sin funcionar aún unas escuelas anunciadas, se estuvo pagando el alquiler correspondiente, como para llegar de prisa al número de 112.000 pesetas, que antes he indicado, con las cuales, bien administradas (¿por qué no edificar también las viviendas de los maestros?), habría en pocos años para construir todos los Centros escolares que Córdoba necesita, del tipo mejor, y para siempre ya, de la propiedad del Municipio.

Pues bien, si las circunstancias variasen y el pueblo llevase al Ayuntamiento sus genuinos delegados, sería de obligación jurada ineludible, que no se pro-

longara entonces el escarnio expuesto. Yo os digo, por lo que me incumba, que no me sonrojaría el conservar nuestro paseo de la Victoria, por ejemplo, durante treinta años como se encuentra actualmente; pero que no dejaría, ni por seis meses más, a los niños de Córdoba sin escuelas.

Recuerda algunas de las conclusiones del Congreso Internacional de Escuelas al Aire Libre, como la de difundir por medio de conferencias en las Escuelas Normales los principios mantenidos en aquella Asamblea, y la de constituir con el fin de propaganda Comités nacionales y regionales en todos los países. Estima que el de Córdoba debieran integrarlo las más reputadas autoridades pedagógicas de la ciudad.

Termina el orador su discurso con párrafos emocionados describiendo la hermosura de los huertos y jardines de Córdoba, los que hay que entregar, con

su aire puro, sus flores y sus pájaros, a nuestras niñas y niños; y cantando las virtudes de nuestra raza y las bellezas de toda nuestra Península, que hay que poblar de generaciones cultas y fuertes, que la amen intensamente y la enriquezcan y glorifiquen, para lo cual es necesario que los hombres de hoy, sobre todo los maestros, huyan del materialismo grosero y egoísta, y eleven su alma hasta las alturas de los sublimes ideales patrióticos, que hicieron decir a Rizal en capilla lo que cada uno de nosotros debe sentir con respecto al sagrado solar ibérico:

«Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada,
no tenga cruz ni piedra que marque su lugar;
cuando en la tierra sienta el golpe de la azada,
entonces mis cenizas, volviendo de la nada,
saldrán de mi sepulcro tus campos a alfombrar.
«Entonces, nada importa me pongas en olvido:
tu atmósfera, tus campos, tus mares cruzaré;
vibrante y limpia nota seré para tu oído;
aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,
constante repitiendo la esencia de mi Fe.»

El señor Vaquero, que estuvo verdaderamente inspirado, fué aplaudido con entusiasmo durante el transcurso y al término de su notabilísima disertación por la numerosísima concurrencia que ocupaba totalmente el salón de actos de la Escuela Normal, en la que figuraban muchas señoras y señoritas.

• • •

VI

¿CÓRDOBA AL COMIENZO DEL BUEN CAMINO?

Cuando ya se remitían a las cajas cuartillas para componer este volumen, el «Diario de Córdoba» (del sábado 16 de Octubre de 1926) publicó en su plana primera la siguiente circunstanciada noticia:

«INTERESES LOCALES

—

El Grupo Escolar del Campo de la Merced

Han comenzado las obras para la construcción del Grupo Escolar del Campo de la Merced.

Será emplazado en la parte de aquel lugar correspondiente a la Puerta del Rincón, es decir,

por completo fuera de los actuales jardines, los cuales, por tal motivo, no sufrirán daño de ninguna clase.

En la importante mejora invertirá el Estado medio millón de pesetas.

El Ayuntamiento ha contribuido con la suma de cien mil.

Las obras han sido adjudicadas al contratista de Córdoba señor Vázquez Nieto, autor de la proposición más ventajosa. Merced a las gestiones realizadas por don José Cruz Conde durante el tiempo en que ocupó la Alcaldía de Córdoba y a su consignación de cantidades suficientes en el presupuesto extraordinario, la ciudad obtiene el beneficio del mencionado Grupo Escolar, en el que se establecerán la Escuela de Párvulos del Distrito de la Derecha y las seis clases de la Graduada de niñas aneja a la Normal de Maestras.

La primera se halla instalada actualmente en la calle de Pedro López, y la segunda, en la de Osio.

Se calcula que la edificación quedará terminada en el plazo de dos años.

Dirige las obras el nuevo arquitecto escolar don Rafael de la Hoz Saldaña.

El Grupo escolar constará de tres plantas: semisótano, con cuartos de baño y piscina; planta baja, con tres aulas muy amplias para párvulos, teatro infantil y sala de proyecciones, cantina escolar, sala de profesoras, vestuario y dependencias auxiliares, y planta alta, donde habrá seis aulas, sala de profesoras, Museo, vestuario, lavabos y otras dependencias.

La edificación estará dispuesta en dos alas, con vista a la Puerta del Rincón.

El proyecto ha sido tramitado rápidamente.

Una vez hecha la concesión por el Estado, el alcalde, don Pedro Barbudo, dispuso el ingreso en la Caja general de Depósitos de las cien mil pesetas que tenía que aportar el Ayuntamiento, y por último, el alcalde interino, don Luís Junguito, asesorado por los técnicos, determinó respecto a las modificaciones que se ha de introducir en los andenes que hay en el lugar del emplazamiento del Grupo Escolar.

Este será de grandes proporciones.

Nos congratulamos de la importante mejora que Córdoba alcanza y por su realización felicitamos cumplidamente a cuantos han cooperado a ella.»

Si demócratas de relieve preconizaron la urgencia en España de una dictadura desde el ministerio de Instrucción pública, el hecho de que, como indica el «Diario», para construir un Grupo Escolar, hayan sido aligerados los trámites, no ha de merecer sino elogios a este ciudadano, liberal y demócrata, que suscribe.

El cual, si pudiera, «dictaría» un de-

creto «mandando» planear, presupuestar y comenzar a edificar, en el plazo máximo de tres meses, todas las escuelas que, a razón de cuarenta niñas o niños por aula, debieran existir en cada una de nuestras ciudades, villas, aldeas, o nudos topográficos entre predios rústicos excesivamente distantes de núcleos de población.

Conducidos a la cárcel para ejemplo y escarmiento, algunos de los regidores o propietarios más rebeldes o remisos en el cumplimiento del artículo anterior, entraría en vigor el segundo del «ukase», ordenando que las susodichas escuelas comenzadas ya, o no comenzadas aún, estuvieran terminadas y en funciones, en el improrrogable término de los nueve meses subsiguientes, bajo aviso a los relapsos de castigos severísimos.

El modelo de aulas que en líneas generales se exigiera, habría de ser muy

simple: un solo piso preservado de la humedad, bien iluminado y ventilado, y con amplio campo anejo para jardín o huerto escolar. Serían repartidos profusamente a todos los Ayuntamientos unos planos muy sencillos, fácilmente interpretables por cualquier albañil.

Nada de auxilios metálicos a cargo del presupuesto nacional, sino autorización a los municipios para un repartimiento extraordinario de cultura.

Naturalmente, que, a su debida hora, el Estado habría de tener dispuestos los profesores, que, en realidad, no subirían a muchos: unas docenas de miles, a más de los 30.000 y pico que laboran actualmente; pues la población escolar deducible de los veintidós millones de españoles...

¡Tente, pluma! Deja en el tintero las cifras «barajadas», los argumentos comparativos y de razón, todos los pormenores, en suma, para el preámbulo y

disposiciones de ese decreto, que habías soñado escribir... El objeto capital y próximo del autor, fué manifestar su profunda inquietud moral ante el analfabetismo del pueblo, con el anhelo de infundirla en los lectores y sugerir en su ánimo el pensamiento y volición de un remedio rápido y radicalísimo.

Pero se ha dicho todo esto, a tenor de las iniciadas obras de un Grupo Escolar en la capitalidad cordobesa. ¿Es que van a salir aquí objeciones o reparos al proyecto? Rotundamente: no. Al que habla, que, a serle posible, haría en España lo que acaba de exponer, le ha enseñado algo la ruda experiencia de haber visto en Córdoba lo que en páginas anteriores tuvo el honor y el dolor de comentar.

Sabe asimismo que en Barcelona, tan culta, de vida ciudadana tan intensa, el problema de las construcciones escolares, tras decenios de cumplido y apasio-

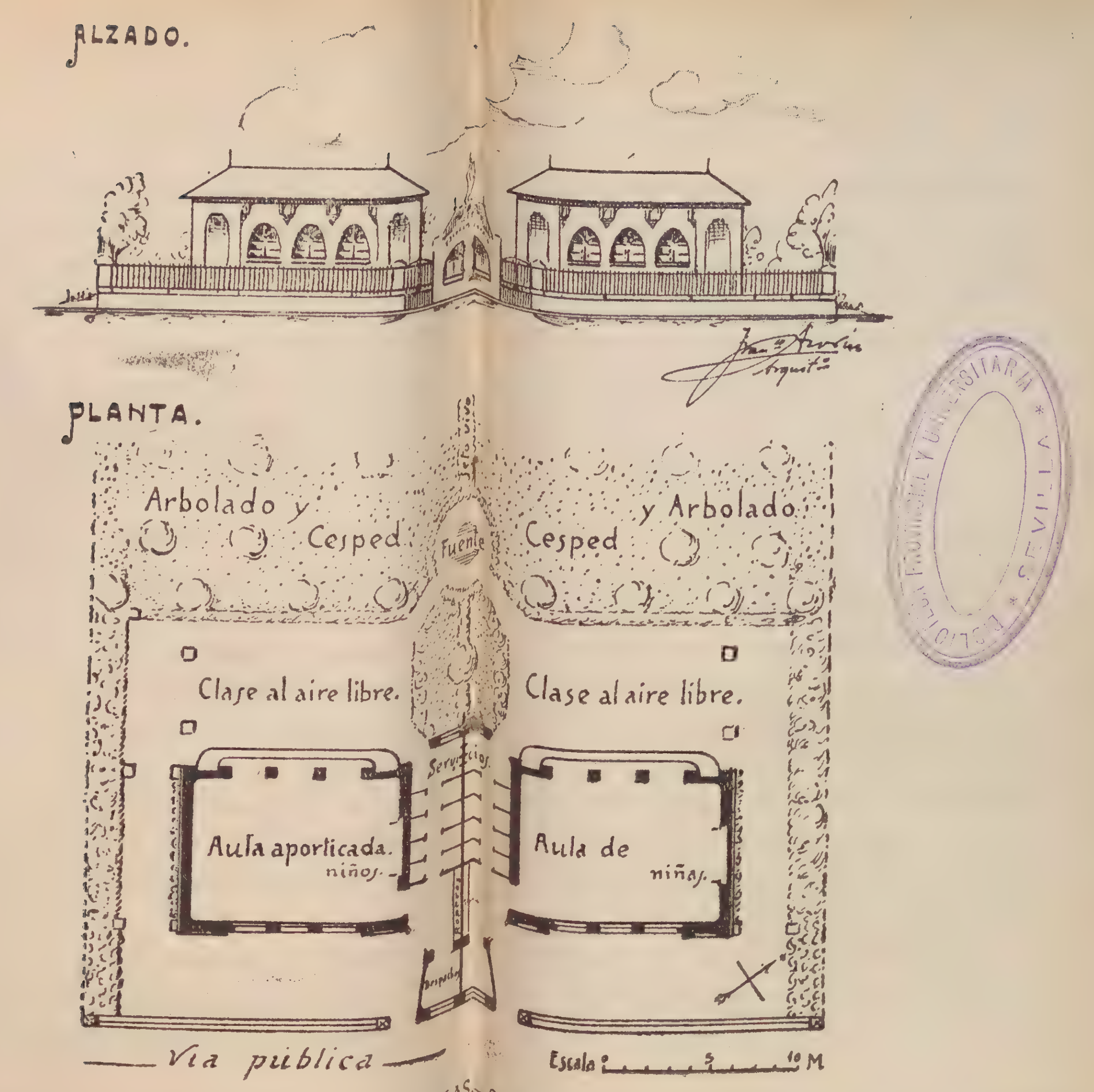
nado planteamiento, no ha logrado aún la solución total satisfactoria. Y puede únicamente recordarse, en evitacion de la pesadez de datos más numerosos, que el magnífico Grupo Escolar de la Gran Vía Layetana estuvo siendo no más que una aspiración, frustrada repetidamente desde el 6 de Noviembre de 1892, en el que al morir don Angel J. Baixeras legó a la ciudad medio millón de pesetas para la creación de un tal Centro docente y su dotación de material, hasta el 10 de Noviembre de 1917, en que se comenzó a construirlo, y en rigor cronológico, hasta el 6 de Octubre de 1920, en que se efectuó la recepción definitiva de la obra.

No significa, pues, y en comparación, tardanza excesiva, que el núcleo anticaciquista de Córdoba plantease agudamente la cuestión de las construcciones escolares en 1917 y el señor Azorín presentara los oportunos proyectos en 1919

y que ya en 1926 el señor Cruz Conde haya conseguido que se inauguren las obras del antes malogrado Centro de enseñanza de la Plaza de Colón.

¿Que las condiciones del edificio fueran distintas y hasta mejores que las del diseñado por don Francisco Azorín? Seguramente que este señor sería el primero que de ello se congratulara. Y si, como parece o se afirma, es que además de esa Escuela, hay otras en senda de tramitación y ejecución, lo noble, lo lealmente cordobesista en nuestros convecinos de cualquier ideología o bandera, consistirá en respetar este rasgo de la obra administrativa presente, y disponerse a continuarlo y superarlo (no a torcerlo, estropeándolo, como tantas veces en tan diversos asuntos se hizo), si la política nacional cambiara en breve de rumbos, y otras personas presidieran la marcha de nuestra vida municipal.

Ahora mismo, al par que se traducen



MODELO DE ESCUELA AL AIRE LIBRE CON DOS AULAS.—*Se sobreentiende que éstas pudieran ser cuatro, seis, etc., convenientemente distribuídas en el terreno escolar y dentro del mismo tipo o con ligeras variantes.*

a lo impreso estos renglones, se ha producido en el Ayuntamiento de Córdoba una mutación. Se presume que la gestión del nuevo concejo será concordante con la del señor Cruz Conde desde su tiempo de alcaldía. Mas, con todo, si el alcalde actual, don Francisco Santolalla, siente el estímulo de sellar su labor con algo de su yo característico, piense que en el asunto de las construcciones escolares, aunque sólo fuese promoviéndolo sin tregua e imprimiéndole celeridad, hay campo ilimitado para el celo y la actividad de un hombre animoso que acaricie la legítima ambición de merecer el aplauso de coetáneos y venideros por oficiante del bien público.

Cuanto a la incorporación y encaje pedagógicos del grupo escolar de que se trata en el moderno movimiento a favor de la Escuela al aire libre, ello dependerá por mucho de las orientaciones con que al nuevo Centro cultural

acuda el profesorado que ha de regirlo. Puede esperarse que el Establecimiento reunirá excelente situación y disposición para dar las clases a pleno aire, no sólo en sus jardines y patios interiores, sino en los jardines municipales linderos, que el Excmo. Ayuntamiento no tendrá de seguro dificultad en que a ciertas horas se reserven exclusivamente para los alumnos.

Los maestros, los hombres públicos de las diversas tendencias, los ciudadanos de Córdoba unánimemente, debemos considerar como nuestro, al efecto de consagrarle los cuidados del más íntimo cariño, este Grupo Escolar de la Plaza de Colón, que ojalá inicie la etapa ilustre en que dotemos a la ciudad de todos los templos escolares que necesita.

• • •

VII

Cómo interpreta el orden y conduce al bien la Ecuela al aire libre

«La escuela como entidad material influye sobre el aspecto metódico de la enseñanza, y no cabe duda que las orientaciones didácticas forzosamente han de ser distintas en una escuela bosque que en una habitación más o menos ámplia de una escuela urbana.» (Señores Pertusa y Gil Muñiz, en su «Historia de la educación y de la Pedagogía».)

Lector celoso de los fueros y de la autoridad del maestro: si al que suscribe preguntares cómo hay orden en la Escuela al Aire Libre, o cómo en ella, sin

una disciplina rigurosa, son posibles la instrucción y la educación moral, antes de permitirme la respuesta, y por si en mi decir no confiares, a palabras de acreditados y esclarecidos profesores te remitiré:

Doña María Montessori:

«El papel del maestro debe ser pasivo: de mera observación; de simple expectación científica, semejante en un todo a la del sabio que observa.»

«En la antigua disciplina el niño llega a confundir el bien con la inmovilidad y el mal con el movimiento. El niño más bueno es el más quieto, el inactivo, el que está más lejos de lo que debe ser su vida.»

«Como los insectos se clavan en las cajas, los niños se clavan en los bancos de nuestras odiosas escuelas, donde ven sofocadas las manifestaciones espontáneas de su actividad; son tratados como

seres muertos y clavados en sus puestos respectivos sobre un banco, de igual modo que se dejan clavadas y alineadas las disecadas mariposas de una colección.»

Dewey:

«La escuela deberá ser un lugar de actividad continua, de trabajo, en el que todos los movimientos espontáneos serán admitidos y que, por consiguiente, habrá de sorprendernos con su *desorden.*»

Pestalozzi:

«Antes de haber educado apaciblemente el espíritu del niño en la verdad y en la sabiduría por el conocimiento preciso de los objetos reales, se aventuran en el caos infinito de las palabras vanas y de las opiniones, y ponen como fundamento de su carácter y como primera educación de sus fuerzas, sonidos,

discursos y palabras, en vez de las verdades de los objetos científicos.»

«... le encadenan impíamente durante horas, días, semanas, meses y años a la contemplación de letras desdichadas, insípidas y uniformes.»

«Pensamiento y acción deben corresponderse como fuente y arroyo.»

«La intuición es el principio absoluto de todo conocimiento.»

«... sólo la naturaleza nos hace buenos, sólo ella nos conduce recta y firmemente a la verdad.»

Fray Benito Jerónimo Feijóo:

«Más precio daría por un adarme de entendimiento que por una onza de memoria.»

«Están (en los sabios de memoria) estampadas las letras, como las inscripciones en los mármoles, que las ostentan y no las perciben.»

Al que ahora se atreve a tomar de

nuevo la palabra, una experiencia, de veinte años ya, en el magisterio primario, le ha permitido ensayar sobre realidades vivientes la aplicación de los postulados que fluyen de las opiniones preinsertas.

Advertido lo cual, dice que abriga el profundo convencimiento de que los niños normales que concurren a la escuela elemental, son por naturaleza buenos, inquietos e inteligentes; y capaces de aprender lo que ha de enseñárseles, sin que para ello sea necesario acudir a las violencias de la escuela arcaica.

No hallé, con efecto, ni siquiera un niño no idiota que en el período escolar corriente (de los seis a los doce años) dejase de revelar aptitud para adquirir las nociones que integran nuestra enseñanza primaria en general y por las que a la sociedad se dota en el antiguo alumno, si no de un hombre sabio, al menos de un ciudadano que no lleva sobre el

cuello el yugo y el estigma del analfabetismo.

¿Y cómo aprenden los muchachos en la Escuela Obrera, si aquí no funciona vara, ni palmeta, ni correa, ni existe calabozo, ni se los hinca de rodillas «en cruz» con siete librotes en cada mano, ni simplemente de rodillas, ni se les deja sin comer; si en fin, no se les impone otro castigo que la reprensión, o el separarles un poco de los condiscípulos, o el retenerlos, aunque sin encierro, cuando se suspende la clase, para que, por ejemplo, concluyan un ejercicio que a su hora no quisieron hacer?

Y lo que parece aún más difícil, ¿cómo se explica que esos muchachos, en número de 140 a 160, circulen a diario bulliciosamente entre floridas matas delicadas, árboles cargados de fruto, y mansos animalillos, sin menoscabo alguno de esos tiernos individuos de la vida vegetal y animal?



ESCUELA OBRERA AL AIRE LIBRE.-CÓRDOBA.—Clase de Dibujo y Trabajos Manuales

¿Tenemos acaso un sistema de premios escolares que entusiasme y soborne a los chiquillos? No se habla de premios casi nunca en la Escuela Obrera.

¿O es que hemos inventado unos juegos especiales por los que los educandos aprenden insensiblemente las asignaturas? Tampoco; pues en nuestra escuela, el juego es el juego, y el estudio, el estudio.

Sin embargo, todo lo de las anteriores primera y segunda preguntas es posible: por el concepto de respeto y temor que los padres inculcan en el ánimo de sus hijos al enviarles a la escuela; por la sugestión que produce en los alumnos nuevos el buen ejemplo de los antiguos; por los consejos persuasivos y amonestaciones oportunas de los profesores; pero, fundamental y esencialmente, porque los niños aportan en su alma los gérmenes fecundos del gusto de la verdad, y basta colocar esos gér-

menes con amor y confianza en el suelo fértil de la moderna técnica pedagógica, para que espontáneamente se desarrollen y fructifiquen.

El niño es, por ley de su crecimiento, tan inquieto, tan activo, que no hay para qué ponerse a engañarle con burdos cubileteos de juego y estudio. Llega él muy pronto a entretenerse agradablemente estudiando. Por lo que si damos ejercicio útil y un tanto ameno a su actividad, ya tenemos impuesto entre nuestro publiquillo el orden. Mas, si el maestro se descuida y no ha dado con acierto a sus alumnos qué hacer, ellos se ejercitan a su capricho en cualquier cosa y, necesariamente, se desordena y alborota la clase. En la escuela, como en la sociedad, el orden es la condición mejor del trabajo. Pero en la escuela es más verdad todavía lo recíproco: el trabajo es la condición inexcusable del orden.

También tiene el niño el gusto instin-

tivo de lo bello y de lo bueno. Rápidamente participa del sentimiento de benévola protección que hacia los animales y las plantas mostramos los mayores, y comprende asimismo dónde radica la nobleza y superioridad del goce, si en destrozar los vegetales y jugar con los animales causándoles dolor o, por el contrario, en contemplar las hojas flores y frutos con la tersa y fresca hermosura que ostentan vivos sobre el tallo, y en ver a las palomas, confiadísimas cuando jamás se intenta cogerlas, meterse y revolar entre el corro de nuestros hombrecitos, para comer pintorescamente las golosinas con que las regalan.

Ahora bien; si a uno de nuestros alumnos, que resuelve difíciles problemas de Aritmética y mide con desenvoltura y prontitud cualesquiera superficies o volúmenes, le preguntáseis de súbito qué es sumar, es probable que no os di-

jera al canto, como un fonógrafo, la definición precisa y sabia; de igual manera que ese mismo niño, que es para con todo él mundo cordial, veraz, sincero, cariñoso, no os recitará una larga y austera retahila de las máximas morales en que funda sus nobles y bondadosas acciones.

El maestro atávico no reconocía más ciencia ni más moral que las que él definía dogmáticamente con su autoridad y suficiencia absolutas. El cerebro y el corazón del discípulo eran tanto más perfectos cuanto mejor quedaban aprisionados en la férrea cárcel forjada por la pedantesca soberbia del dómine, el cual (como aquel que ha extraído el señor Zulueta de las Memorias de don Federico Rubio) había de imponer su oronda vanidad hasta en la efímera plana de pauta séptima: «Hecha por Fulanito de Tal, discípulo del señor don Diego Choquet de Isla Suárez de Figueroa Zayas Guzmán y Rey.»

En la escuela al aire libre aspiramos a que los alumnos busquen y admiren la verdad, la belleza, la virtud, no porque lo impongamos nosotros, sino porque tan hermosas ideas, por impresiones sensibles y con amable sugestión, lo reclamen y merezcan ellas mismas.

En almas que se aficionaron desde el candor de la niñez al contacto y la inspiración de las armonías y esplendores de la Naturaleza, es donde prenden y florecen con mayor pureza y lozanía esas ansias de Inmortalidad y de infinita Perfección que vibran en lo recóndito de la emoción religiosa.

La veneración filial y la concordia fraternal, así como el amor al prójimo en sus manifestaciones de compañerismo, de patriotismo, de solidaridad humana, de espíritu de justicia y equidad, y hasta de urbanidad y cortesía, son sentimientos que se contagian e infiltran, mucho más que se enseñan. Las necesarias relaciones de la vida escolar

con la doméstica y social, brindan oportunidades frecuentes en que aplicar procedimientos jugosamente intuitivos a la educación de tan elevados afectos. Y no habrá, sin duda, para esa educación ambiente más propicio que el de una escuela como la nuestra, en la que la vida y el bienestar ajenos, aun en los seres no humanos, reciben consideraciones y atenciones ingenuas, leales y constantes.

Agregaré todavía que la Escuela al aire libre quiere ser jaula de puerta abierta en la que no estén los pajarillos sino a gusto. Porque, al fin, han de volar de ella a la vida, y ésta se desenvuelve y avanza con formas tan cambiantes, que fuera necio fijar itinerarios perpetuos e invariables al hombre de mañana. Lleve, pues, el educando el hondo impulso y la íntima devoción de lo bueno, lo bello y lo verdadero; y atráigale a su Escuela siempre, nim-

bándola de simpático fulgor ante otras generaciones, la nostalgia poética de una infancia que, lejos de amargada, fué amenizada y endulzada por las primeras excursiones a los campos y los cielos de la sabiduría.

No me hableis de la triste soledad en que acaso abandonen al maestro, quién sabe si olvidándole con frialdad glacial, una parte de aquellos que durante lustros le debieron cuidados y desvelos de hijos.

Lo importante para la Patria, la Humanidad, la Divinidad, es que en el alma de la Escuela palpiten remembranzas venturosas de todos los que antaño conmovieron los patios y las clases con sus voces y risas infantiles.

He aquí todo un símbolo de lo que nos sucede y nos podrá suceder con cualquiera de nuestros alumnos: lo cons-

tituye este pícaro, revoltoso gorrión que, habiéndose demasiadamente alejado de las manos del muchacho que lo criara, vino, confiado, a ponerse a mis pies, hace más de un bienio, en plena calle de Gondomar, a la puerta del café de «La Perla».

Hoy es el amo de la casa y el alma retozona y linda de la Escuela-jardín.

Salva la puerta franca de su jaulilla colgada entre las ramas de un naranjo, y se toma en el suelo atrevidamente las migajas, por entre las piernas de los divertidos chiquillos que a la rústica usanza meriendan.

A la hora de almorzar nosotros salta a nuestra mesa, desgaja con furiosos picotazos grandes grumos del partido pan, acepta fibras de carne y lajillas de pescado, y engulle glotonamente granos de arroz cocido, que parece ser su manjar más suculento. Harto ya de comer, quiere jugar y reñir. Al menor movi-

miento inquietante mío, se encastilla en el pecho de mi mujer, entre los pliegues de la toca, y allí me aguarda, retador, para morderme una vez y otra con fiereza, si me atrevo a presentarle la yema del índice.

Desde el comedor, desde mi clase, tras haber saltado por el suelo o por el hombro de los niños; desde el patio de recreo, muy lejano de su naranjo, se va de un solo vuelo, sin titubear, por entre ramas cruzadas y arcos floridos, a su casita de alambre, a cuya puerta se planta desafiando al que se acerque, las plumas encrespadas, en ristre el duro pico, los ojillos como ascuas... ¡que ni César en Munda!

Llevó un día tremendo susto. A poco un gato le echa la garra. Chilló él angustiosamente, y le salvaron del peligro mortal. Celebré el grave percance, porque así se guardará mejor de los felinos.

Tiene amigos salvajes que vienen a

visitarle con algarabía. Varias tardes se ha marchado con ellos y ha pasado la noche fuera de casa. Pero a la mañana se ha presentado «tan campante» en el hogar doméstico.

No volverá cualquier día, me dicen: el amor o la muerte lo apartarán para siempre de tí.

Bien, contesto; si una bonita pareja me lo roba, yo la bendeciré, porque le hará más dichoso.

La muerte... la muerte prematura, inesperada y traidora... ¡será para él padecimiento instantáneo!... Se transformarán su materia y su energía vital...

Aunque ésta ya se ha incorporado a la atmósfera sentimental y moral de la Escuela, ya se nos ha entrado en el alma, y será nuestra alma misma en el dulce recuerdo del inocente y glorioso vivir del pajarillo.

VIII

Conclusiones votadas por el Primer Congreso Internacional de las Escuelas al aire libre

(En la Facultad de Medicina de París, 24 a 28 de Junio de 1922)

Considerando la necesidad imperiosa de salvar la raza luchando inmediatamente y eficazmente contra la tuberculosis y el descenso de población,

Considerando que la permanencia en los tabucos o que la habitación exigua, así como la prolongada jornada escolar en «cacharro tapado», ejercen sobre la juventud una influencia deprimente y nefasta,

Considerando que las Escuelas al aire libre son susceptibles de disminuir notablemente los gastos de instalación y sostenimiento,

Considerando que el número de las Escuelas al aire libre existentes o en vía de realización no responden a las necesidades actuales y sólo aprovechan a una porción infinitamente restringida de la población escolar,

El Congreso Internacional de las Escuelas al aire libre formula los votos siguientes:

1.° Que una parte importante de los créditos destinados por los Gobiernos a construcciones escolares se aplique a la creación de Escuelas al aire libre.

2.° Que los programas de exámenes sean ampliamente aligerados.

3.° Que se reduzca la duración de las horas de clase a cuatro horas para la enseñanza intelectual, la cual será dada en clases constantemente aireadas.

4.° Que las otras dos horas se consagren a la práctica de la higiene, a la educación sensorial, a las artes de recreo y, por una hora al menos, a la educación física al aire libre y a la luz del día.

5.° Que las clases-paseos, visitas de fábricas, de monumentos, de museos, etcétera, sean reanudadas, una vez por semana.

6.° Que los maestros sean animados a dar su enseñanza en el patio de la escuela siempre que el tiempo lo permita.

7.° Que se cree una clase aireada en cada escuela urbana y en la sala más favorable.

8.° Que se agregue a cada escuela un campo de juego en su proximidad para practicar en él cotidianamente la cultura física y el baño de sol. Que ese terreno se reserve para los ejercicios *escolares* de cultura física, excluyendo toda exhibición deportiva con espectadores de pago.

9.º Que las Municipalidades y las Cajas de las Escuelas se obliguen a establecer en plazo breve y con pocos gastos en los espacios libres de sus inmediatos arrabales una Escuela al aire libre, externado, destinada a recibir temporalmente los niños débiles designados por los médicos inspectores, a razón de una escuela por arrabal o por 100.000 habitantes.

10.º Que cada departamento se obligue a fundar un internado al aire libre para los niños más débiles, cuyo estado general no haya podido ser mejorado por la Escuela al aire libre, externado, de su arrabal.

11.º Que la denominación de Escuelas al aire libre se reserve únicamente para las escuelas externados (de arrabal o comuna) y para las escuelas internados (de los departamentos) provistas de un maestro especial destacado del ministerio de Instrucción pública.

12.° Que los establecimientos fundados por las Oficinas departamentales de higiene social o por las obras filantrópicas reciban una denominación diferente y dependan del ministerio de Higiene (Preventorios).

13.° Que los establecimientos para párvulos se conciban con un espíritu de educación apropiado a esa edad y reciban los beneficios del aire libre en las condiciones que considere mejores un estudio detenido de la cuestión.

14.° Que el ministerio de Instrucción pública organice en las Escuelas Normales cursos y conferencias sobre la higiene y la pedagogía de las Escuelas al aire libre. Que esta enseñanza teórica sea completada por visitas y residencias de los normalistas en establecimientos del nuevo tipo.

15.° Que el ministerio de Instrucción pública, previa solicitud de las instituciones privadas fundadoras de estable-

cimientos al aire libre, pueda destacar en los referidos centros un miembro de la enseñanza oficial, para ser encargado en ellos de la instrucción y educación de los alumnos.

16.° Que el beneficio de las leyes escolares sea extendido a los niños tuberculosos hospitalizados en los sanatorios, a condición de que las clases organizadas en esas fundaciones lo sean según los principios y los métodos de la educación al aire libre.

17.° Que cada Escuela al aire libre tenga su aparato cinematográfico, o que, en su defecto, un cine municipal, puesto a la disposición de todas las escuelas, se reserve lo más frecuentemente posible para la escuela a pleno aire.

18.° Que las escuelas a pleno aire, obra de preservación social de una superioridad incontestable sobre las obras caritativas, deberían participar de los créditos con que se favorece a funda-





ciones y entidades de cierto carácter mutual o benéfico; porque un niño amenazado de tuberculosis, del que se puede hacer un sujeto normal, debe interesarnos, al menos con el mismo título, que otros infelices que, a veces, cual sucede con atacados de perturbación mental, no son ya, desgraciadamente, otra cosa que despojos sociales.

19.° En fin, el Congreso Internacional vota por que sea organizado en cada país un *Comité Nacional de las Escuelas al Aire Libre,* para el estudio y planteamiento de todos los problemas médico-pedagógicos concernientes a dichos establecimientos.

Y que por Delegados internacionales se establezcan relaciones entre los Comités de los diferentes países.

• • •

IX

NUESTRA BIENHECHORA LA LUZ

El campo de estos trabajos tiene unos límites que he procurado no invadir: dejé a un lado lo peculiar de la Beneficencia, de la Caridad, de la Medicina, de la Administración pública; dejé a otro lado lo privativo de la Didáctica o técnica de enseñar. Por eso no he tratado cuestiones que en cierto orden de estudios fueran interesantes, como las relativas al reclutamiento de alumnos para las colonias de vacaciones, distri-

bución del tiempo y calidad de las comidas en ellas, ejercicios de gimnasia respiratoria para tratamiento de la tuberculosis inicial en los Preventorios, lecciones de cosas en la clase a pleno aire y admirables condiciones de ésta para la enseñanza de la Agricultura, del Dibujo, del Trabajo manual..., etc., etc. No habrá por qué reitere que mi aspiración modesta, monográfica, fué cantar las excelencias de la Escuela al aire libre y tratar de presentarla con sus características más esenciales.

Sin embargo, es tan estrecha la relación entre los eficaces beneficios causados por la atmósfera libre en la vida integral del niño y los efectos más enérgicos aún y directamente medicinales que en el organismo de aquél produce la luz solar, que no renuncio a traducir e insertar aquí estas documentadas aseveraciones del Dr. Armand-Delille, contenidas en su informe ante el ya citado

Congreso de Junio de 1922, y que versan sobre

«El papel del sol en el desarrollo físico del niño y su aplicación a la Escuela al aire libre:

Desde muy antiguo se sabe que la planta que crece sin sol, en un lugar oscuro, apenas se desarrolla, y se marchita y se muere. Con todo, ha sido preciso llegar a nuestro tiempo, para reconocer que la luz solar es tan necesaria al desarrollo de los hombres y de los animales, como al de las plantas.

En tanto que médicos lyoneses, como Bonnet desde 1845, hacían en tuberculosos articulares los primeros ensayos de helioterapia, la habían adivinado empíricos como Rikli, quien, igualmente a mediados del último siglo, abría un establecimiento para la cura atmosférica. También por entonces, Michelet, que

fué un gran poeta al par que un gran historiador, escribió esta frase, profética para su tiempo: «De todas las flores, es la flor humana la que tiene más necesidad de sol.»

Dos hombres han llegado por vías diferentes a la demostración de la acción eutrófica del sol sobre el organismo, y particularmente sobre el sistema muscular: el uno, Rollier, un médico suizo, descubriendo la acción maravillosa de los grandes baños de sol para la curación de las tuberculosis locales llamadas «quirúrgicas»; el otro, un oficial de Marina, francés, el teniente de navío Héber, quien, buscando las condiciones óptimas de su método de gimnástica natural, ha demostrado que, cuando se la practica con el cuerpo desnudo, como los atletas de la antigüedad, el desarrollo de los músculos y el acrecentamiento de la fuerza física es mucho más rápido.

Muy recientemente han sido aportadas pruebas científicas de los milagros realizados por la luz solar. Rollier había ya obtenido radioscopias harto demostrativas de la reconstitución del tejido óseo bajo la acción de los baños de sol, así como de la desaparición de grandes sombras de adenopatía hiliar; su regresión no tenía, por otra parte, nada de prodigioso, cuando se ha conseguido la de los ganglios cervicales bajo la acción de la helioterapia.

Los trabajos de un físico francés, M. Vallot, y de un médico americano, Hess, acaban de facilitar pruebas completamente rigurosas. Vallot, experimentando en Niza, ha demostrado, según su comunicación de la primavera reciente a la Academia de Ciencias, que las oxidaciones y el metabolismo de las sustancias nutritivas aumentaban en la proporción del 250 por 100 bajo la acción de los rayos solares. Hess, de Nue-

va York, después de hacer patente que el raquitismo podía curarse exponiendo a los niños a la acción de la luz solar, sin modificar su régimen alimenticio, ha probado, con el testimonio de la radiografía, que, bajo la sola acción del sol, se realiza la transformación de los huesos y su calcificación en un tiempo que varía de un mes a seis semanas. No significa esto que un mal régimen alimenticio no influya en la producción de la raquitis, sino que los factores higiénicos, especialmente la luz solar, tienen su parte en la etiología de las perturbaciones de la digestión.

Más adelante, las experiencias de Hess y Vuger, e independientemente las de Shiploy, Park y Mac Collum y Simmonds, han confirmado plenamente esos resultados.

Dichas experiencias comprueban que, si se somete a las ratas a una alimentación standartizada, el raquitismo se pro-

duce en ellas, o es evitado, según que los animales son retenidos constantemente en la oscuridad, o expuestos por un período, siquiera breve, a la acción de la luz del sol. Las ratas observadas recibían un alimento cuya composición había sido estudiada previamente y que no podía por sí solo producir el raquitismo. Las radiografías que se han publicado, patentizan en las ratas criadas en la oscuridad absoluta, curvaturas y deformaciones óseas muy características de la raquitis; en las ratas expuestas a la luz del sol, la osificación es perfectamente normal. Hay otras investigaciones, también muy convincentes. Los referidos autores han señalado en un cierto número de niños raquíticos, la disminución del contenido de fosfatos alcalinos del suero, y han visto que bajo la influencia de la cura por el sol este contenido tornaba a ser normal, y que al mismo tiempo, se reconstituían regu-

larmente los huesos, y los síntomas de raquitismo desaparecían.

Para obtener dichos efectos, es necesario que los enfermitos sean expuestos, por completo desnudos, al sol, mediante entrenamiento progresivo, en sesiones que vayan ascendiendo de una media hora a varias horas, y es preciso que el asoleamiento de la piel se efectúe directamente, sin interposición de ningún vestido, y aun de ningún cristal, pues el paso por el vidrio disminuye el poder curativo de los rayos solares. Nótese que, durante todo el tratamiento, los niños mencionados fueron sometidos a un régimen alimenticio normal, constituído por leche, cereales y jugo de naranjas. Los doctores comprobaron asimismo que la acción del sol originaba modificaciones en la proporción de fosfatos del suero, semejantes a las que se obtienen mediante el tratamiento con aceite de hígado de bacalao.

Estas demostraciones de la influencia del sol en el metabolismo de los elementos necesarios a la nutrición de los tejidos, no son sino las primeras pruebas de la acción innegable y compleja del sol en el desenvolvimiento del organismo. Pero explican muy bien el aserto de ciertas madres, que protestan ante el médico que ellas se esfuerzan por alimentar a su niño superabundantemente y la comida «no le aprovecha»; también dichas pruebas justifican el aforismo expresado empíricamente por el doctor Rollier, de que «el sol nutre»; por lo que, los niños sometidos a la helioterapia, no necesitan ser sobrealimentados, sino al contrario, engruesan con una ración inferior a la de la mayoría de los niños de la misma edad.

Se ve que el procedimiento curativo por el sol, no solamente respecto a los niños conceptuados como enfermos, sino igualmente respecto a los sanos,

reviste la más alta importancia; y es legítimo demandar que la helioterapia ocupe un lugar preeminente en el programa de la Escuela al aire libre y desempeñe allí un papel primordial. Esforcémonos, en una palabra, por aplicar a todos los niños la helioterapia preventiva.»

«Con mi colaborador y amigo el doctor Ph. Wapler, hube de fundar en 1918 (fuimos en esto los primeros en Francia) una Escuela al sol, para los niños repatriados de las regiones invadidas, la cual nos ha dado resultados tan satisfactorios, que nos ha convertido en propagandistas de la cura al sol en la Escuela al aire libre, y en firmes convencidos de que es inconcebible una Escuela de dicho tipo sin helioterapia sistemática.

Para organizar nuestra Escuela, nos habíamos inspirado en la instalación de la Escuela al sol creada por M. Rollier en el Seppey (Alpes), para los niños convalecientes que había tratado en sus clínicas de Leysin.

Al fin de la guerra, con el racionamiento del pan y del azúcar, siendo los problemas de la alimentación extraordinariamente difíciles, y habiendo sufrido nuestros muchachos, hijos de tuberculosos, las más duras privaciones en las regiones ocupadas, venían a nuestras manos en condiciones singularmente desfavorables. Sin embargo, todos esos niños, que llegaron flacos, pálidos, enclenques, se transformaron en algunos meses, y marcharon musculosos, bronceados, robustos, llenos de salud.

A consecuencia de esta primera tentativa, la helioterapia ha sido adoptada en la Escuela de Fontaine-Bouillant por el doctor Méry, quien ha expuesto re-

cientemente en la Academia de Medicina los maravillosos resultados; seguidamente, nuestro amigo Wapler creaba en Versailles, para los hijos de los enfermos de los dispensarios antituberculosos, la Escuela de Gally-Trianon, mientras que M. Méry instituía la helioterapia en el Preventorio de Plenis-Robinson y el doctor Violette creaba su Escuela de pleno aire de Saint-Brienc, y se fundaba sobre los mismos principios el sanatorio Lafayette en Chavagnac, y en fin, el año último (1921), gracias a la iniciativa del Dr. Dufestel, nacían en las fortificaciones de París una serie de escuelas al sol.

En éstas, como en la Escuela a pleno aire, no se trata de enfermos, sino solamente de niños débiles, a veces ya ligeramente adenopáticos, es verdad, pero lo más a menudo, simplemente enclenques, a causa de las malas condiciones en que han vivido en los chiribitiles de

París. No es necesaria en estos casos una rigurosa vigilancia médica para instituir la cura al sol, como cuando se trata de un proceso de tuberculosis óseo-articular, peritoneal ò ganglionar. Basta con observar atentamente algunos principios de los que puede persuadirse pronto un maestro que posea nociones elementales de higiene.

La prescripción básica estriba en acostumbrar progresivamente a los niños a permanecer con el cuerpo casi desnudo al sol, de manera que lleguen a poder estar expuestos a sus rayos durante tres o cuatro horas al día.

El cuidado esencial es no provocar una insolación al comienzo: se debe, pues, el primer día, exponer al sol los pies y los antebrazos, durante sólo tres cortas sesiones de cinco minutos, entre las nueve y las diez de la mañana. No hablo de las piernas cuando me refiero a nuestros niños de edad escolar, pues

por fortuna suelen llevarlas habitualmente, casi en total desnudas. Desde el segundo día, las sesiones serán prolongadas hasta diez minutos, al mismo tiempo que se expondrá, durante cinco minutos solamente, los brazos y los muslos. El tercer día, se verifican sesiones, respectivamente de quince y diez minutos, sobre las regiones precedentemente indicadas, y se expone cinco minutos la parte superíor de los hombros. El cuarto día, se aumenta cinco minutos, y se expone el tórax. En fin, el quinto día, todo el pecho, el sexto, la espalda, el séptimo, el abdomen, quedando el niño en calzoncillos simplemente. A partir de entonces, la adaptación es fácil, el alumno se viste tan sólo con sus calzoncillos especiales, y se le va dejando sucesivamente jugar al sol, una hora, después dos horas, y por último, hasta tres o cuatro horas.

Conviene advertir que, cuando tras



ESCUELA DE RIXENSART



un período de mal tiempo, vuelven los días apacibles, se debe reanudar de un modo progresivo la exposición a los rayos solares.

No vamos a explicar extensamente los resultados obtenidos, ya mencionados en numerosas publicaciones. Diremos no más, que ellos exceden de ordinario a las mayores esperanzas. En nuestro servicio de hospital tenemos recientes ejemplos, de niños atacados de formas ligeras de tuberculosis ganglionar, que, después de haber vegetado durante los meses de invierno, en los que, aun cuando con la ventana abierta permanecen en nuestras salas, se metamorfosean absolutamente desde el momento en que reciben los baños de sol. Y no es ya que se metamorfosean físicamente, que sus músculos se desarrollan, que su aspecto general se ha transformado y aparecen vivificados sus tejidos bajo la piel bronceada... un pequeño ra-

quítico, por ejemplo, está transfigurado, apenas marcha, sino brinca, y sus deformaciones torácicas, como sus nudosidades costales están en vías de desaparición... Pero la metamorfosis moral es también sorprendente: este niño que siempre estaba triste, taciturno, reconcentrado, y a menudo lloroso y nervioso, se ha vuelto alegre, animadísimo, desbordante de júbilo.

¿Qué hace falta para alcanzar tales éxitos? Desde el punto de vista material, un patio, un terreno, soleados; y en lo tocante a ropa, unos simples calzones para los niños; para las niñas, vestiditos cortos, sin mangas y escotados; y en fin, alpargatas o sandalias.

Si se desea obtener efectos duraderos de una cura solar, se requiere que ésta sea prolongada; que, salvo justificada excepción, dure todo el verano. Si se ha de lograr una regeneración completa del organismo, una total transfor-

mación de la actitud, de la musculatura, de la capacidad torácica y de las formas generales del cuerpo, la vida en la Escuela al aire libre y al sol, debe durar de diez y ocho meses a dos años: esto al menos resulta de las experiencias de Rollier, que ha comprobado que para convertir un pequeño ciudadano enclenque en un niño robusto y bien proporcionado, es preciso que pase dos inviernos y un estío en su Escuela de Noisetiers, lo que también ha comprobado M. Méry en la Escuela de Fontaine-Bouillant. Aunque las condiciones climatéricas sean menos favorables en esta Escuela que en la montaña, M. Méry ha conseguido que las muchachas que van a la misma continúen durante todo el invierno el baño de aire y luz, practicando, aun en los días más fríos, un mínimo de veinte minutos de ejercicio, a pleno aire, con el cuerpo desnudo. Las fotografías que M. Méry ha presentado

muestran cambios notabilísimos en el aspecto exterior y apostura. Las niñas llegadas con los hombros caídos, la cabeza inclinada hacia adelante, la ensilladura lumbar exagerada y el vientre saliente, caracteres patológicos de la hipotonía muscular, se presentan después de la cura con la columna vertebral recta, la cabeza vertical, los hombros bien delineados y el vientre recogido y sostenido por una buena «cincha muscular». Trátase, es cierto, en este caso, de sujetos particularmente endebles y debilitados; mas no es preciso hacer una cura tan completa a la generalidad de los niños.

No consideramos, en efecto, que la escuela al sol deba monopolizarse para una categoría especial de niños enfermizos y que la cura de aire y la helioterapia se estimen como tratamiento médico para un pequeño grupo de enclenques; deseamos, por el contrario, que la cura solar se aplique, a título preventivo y a

título de estimulante general, a todos los niños, y señaladamente, desde luego, a todos los niños de las ciudades, si bien la helioterapia es deseable asimismo para muchos campesinillos, a quienes cubren de vestidos demasiado complicados y espesos.

La acción bienhechora de la luz solar es tan importante y admirable y da origen a tales transformaciones, que los esfuerzos de los higienistas y de cuantos se ocupan en la cultura del niño, deben tender a emplear ese medio de fisioterapia curativa y preventiva, que está al alcance de todos. Para llegar a la práctica sistemática de la cura al sol, se precisa, ciertamente, una reforma en nuestras ideas y en nuestras costumbres, y aun para ciertas gentes, una revolución; pero el gusto por los deportes está en vías de consumar esa evolución en nuestras modas y, pronto, en nuestros hábitos de vida.

Deseemos que, gracias a los esfuer-

zos de un Congreso como éste y gracias a la propaganda que de lo aquí estudiado harán sus miembros, la práctica de la cura solar y del vivir a pleno aire se propague rápidamente y coopere a crear generaciones de niños robustos y de ciudadanos vigorosos a los que pueda referirse con justicia el viejo aforismo latino de *mens sana in corpore sano*».

Doy de mano a la traducción y agrego por mi cuenta que, cuando el doctor Armand-Delille alude a obstáculos del medio ambiente moral, acaso hablaría con mayor fundamento si disertase para España. No obstante, se halla tal vez nuestro país en coyuntura propicia para despertar en él una emoción favorable a la adquisición de buenos locales de escuelas, y quién sabe si de escuelas al aire libre, si se evita violentas innovaciones que puedan chocar con un falso

pudor engendrado por prejuicios seculares.

Por lo demás, yo estoy muy seguro de que las doctrinas defendidas en este volumen tienen por invencible colaborador al tiempo; es decir, que nos irán pareciendo a todos más familiares, más discretas, más simpáticas, con cada nuevo día que alumbre nuestros pasos.

• • •

X

POR LA ESCUELA MÁS BELLA CADA CURSO

Con palabras propias o ajenas, he insistido atrás en que el pensamiento debe enlazarse a la acción todo lo posible. Hablar por hablar, es lo que más repugna al carácter de esta obra, el más preciado de cuyos frutos fuera dar origen a la mejora del local de escuela de todo maestro que la leyere, por haber sacado él de estas páginas argumentos y entusiasmos bastantes para lograr poner el amor y el óbolo de las gentes al servicio y devoción del templo infan-

til en que ese caro lector ejerciere su excelso sacerdocio.

Pero el autor tiene su Escuela; y si con el tomo que publica no pretendiese mejorarla, no sería, sin duda, consecuente con su mismo pensamiento, ni servidor de su íntimo propósito, ni cumplidor de sus propios deberes.

Una escuela (máxime una escuela al aire libre) no está jamás acabada y perfecta. Para domicilio de la Escuela Obrera de Córdoba hemos hecho, de un solar con edificación muy descuidada y con huerto abandonadísimo, el hermoso local que por descripciones de anteriores capítulos ha podido imaginarse y estimarse. Mas, ¿debemos los rectores y administradores de esta Institución cruzarnos ya de brazos, para contemplarla satisfechos y pasivos, dándola por inmejorable? Todo lo contrario; pues, aparte de que el creciente favor con que nos honran los padres de familia, nos

fuerza, precisamente, a pensar en una ampliación de nuestra casa, ya que no podemos acoger ahora sino a una parte de los numerosos alumnos para que se nos pide admisión; aparte del extensísimo campo que a nuestra actividad brindaría la creación de instituciones escolares y postescolares como las que hube de indicar en mi conferencia del Centro Obrero; aparte, en fin, de otros muchos problemas, ora cotidianos, ora de obligada previsión, que solicitan seriamente nuestra iniciativa y diligencia, tenemos, sin salir del radio de nuestra esfera docente de hoy, necesidades muy atendibles que satisfacer, del orden de las que a continuación enumero, con objeto de mostrar qué es lo que, a mi juicio, todavía nos falta para ofrecer un modelo de Escuela al aire libre que pueda resistir airosamente un paralelo con las más notables del mismo tipo en las inmediatas naciones:

OBRAS REALIZABLES EN LA ESCUELA OBRERA AL AIRE LIBRE, DE CÓRDOBA, DE AQUÍ AL PRÓXIMO CURSO ESCOLAR DE 1927-28:

Primera

Apertura de una ventana más sobre el muro exterior o lado derecho de cada aula.

Segunda

Nueva y buena pavimentación de la sala destinada al tercer grado.

Tercera

Zócalo de azulejos u otro material a propósito en todas las clases cubiertas.

Cuarta

General renovación o dotación de mobiliario escolar; y, especialmente, de asientos y pupitres, sistema Montessori, para el grado primero.

Quinta

Pintura al fresco de los muros de los tres salones de clase, inspirada en asuntos del campo y arte cordobeses.

Sexta

Instalación de la armadura de un alto emparrado sobre el patio de recreo.

Séptima

Construcción de rústicos asientos en las clases al aire libre, al modo de los existentes en los jardines públicos de Sevilla y Córdoba.

¿Con qué recursos efectuaría tales reformas la Comisión Administrativa de la Escuela Obrera? Con los obtenidos, por ejemplo, de una fiesta benéfico-cultural, o de una excitación por la prensa

en demanda de donativos de las personas altruístas, o de un préstamo sobre las seguras economías venideras de nuestra Institución, o de estos tres procedimientos combinados, o acaso de algún otro que se conciba y desenvuelva...

Mi convicción profunda es que los varios miles de pesetas a que ascenderían los gastos que propongo se obtendrían de cierto en el plazo que apunto, si las Sociedades Obreras de Córdoba, por órgano de sus delegados en la mencionada Comisión Administrativa, se propusieran allegar esos fondos desde ahora mismo, con crédula y optimista tenacidad.

La Escuela cordobesa al aire libre puede ser ofrecida justificadamente a los trabajadores organizados y a los no organizados, a las Entidades enamoradas de la cultura y a los espíritus progresivos, como testimonio floreciente de la eficiencia patriótica y civilizadora de

una honrada y consciente actuación democrática.

Digo que tienen asegurado el éxito mis conciudadanos y amigos que acometan con decisión la noble tarea de convertir en realidad las mejoras escolares de marcado interés popular que en el presente capítulo van propuestas.

Digo, además, que todos los maestros nos hallamos en el derecho y en la obligación de sostener incansable campaña en pro del mejoramiento de nuestra respectiva clase; y que cualquier compañero que luche con sincero ardor y pertinaz firmeza por tan humanitario ideal, triunfará siempre, y más que tarde, temprano, en su honorífico empeño.

Pensemos los profesores, nutriendo con ello más nuestra esperanza, que el ápostolado al que pido nos consagremos lleva en su ayuda el ambiente de amor entrañable en que a la infancia baña la humanidad de este siglo xx, que



ESCUELA OBRERA AL AIRE LIBRE.-CÓRDOBA.—Clase de Geografía


Y UNIVERSITARIA
SEVILLA

ha sido bautizado por Ellen Key como «el de los niños», y que fulge irradiando para ellos las nuevas tablas de una ley sublime, «los derechos del niño», que encontrarán en la Escuela racional y deleitable su «Congreso de Filadelfia», su «Asamblea Constituyente», su esplendoroso «Sinaí».

Apercibámonos más que nadie los maestros a recibir y predicar la «buena nueva». Recojamos y bebamos nosotros los primeros, y en seguida ofrezcamos a los demás, ese «agua viva» que está manando de las fuentes inmortales del Espíritu, de más alto y de más lejos que de nuestra pobre cisterna materialista, no menos insuficiente para la eterna sed, que aquella fuente de Jacob que parecía bastar a los samaritanos.

¡Quién sabe si, pugnando por salir a hermosear y honrar nuestra humilde Escuela, yace latente en el ánimo del hombre de buena voluntad el rasgo ge-

neroso, que, como las notas en el arpa olvidada de Bécquer,

allí «duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: ¡Levántate y anda!»

• • •



XI

LLAMAMIENTO

Siempre fué ideal de la Pedagogía y es hoy afán de la Educación al aire libre, lograr que con el maestro colaboren activamente la familia del alumno, las autoridades pedagógicas y Entidades científicas, los directores o gestores de las Corporaciones oficiales, el pueblo en su máxima extensión y complejidad.

En la vecina República transpirenaica florecen una «Liga Francesa para la Educación al Aire Libre» y un «Comité Nacional de las Escuelas al Aire Libre y de las Colonias Escolares Permanentes».

Según extracto de los Estatutos del citado Comité, se asigna éste por fines:

1.° Luchar contra la tuberculosis por medio de la higiene escolar.

2.° Fomentar en todo el territorio francés la existencia y desarrollo de las Escuelas a pleno aire.

3.° Promover y facilitar la creación y la generalización de «Clases aireadas», «Clases al exterior», Colonias Escolares Permanentes y toda índole de Establecimientos médico-pedagógicos, públicos o privados.

4.° Apoyar toda obra tendiente a la mejora física, intelectual y moral de los escolares y de los adolescentes, por la vida, el ejercicio o la educación al aire libre.

5.° Coordinar los esfuerzos e intensificar el éxito de las obras e instituciones del carácter indicado.

6.° Facilitarles por una organización común toda especie de informaciones,

documentos, elementos pecuniarios o subvenciones, medios de propaganda y defensa.

7.° Asegurar la colocación de los escolares débiles, no calenturientos, ni contagiosos, en los Establecimientos públicos o privados adscritos al Comité Nacional.

Los fines de la Liga Francesa antedicha son análogos:

Preparar generaciones fuertes y vigorosas.

Formar juventudes de mozas y mozos bien desarrollados, activos, decididos, sanos físicamente y moralmente:

Hombres amantes de su Patria, aptos para servirla y defenderla, conscientes de sus deberes y de sus derechos;

Mujeres que sepan ser las colaboradoras de sus maridos, a la vez que madres de familia muy encariñadas con su casa y muy penetradas de su papel social.

En mi Conferencia de la Escuela Normal de Maestros de Córdoba, ya tuve el honor de proponer que se creara un Comité comarcal en pro de la Educación al aire libre, en el que figurasen las personas más llamadas a ello en nuestra provincia, por su reconocida ciencia, o sus cargos y prestigios en la Enseñanza.

Respetuosamente me permito ahora insistir en aquel requerimiento, y aún me atrevo a ampliarlo con las mismas expresiones, respecto a los ciudadanos que en el resto de la Península, concedan su atención y adhesión a la idea de este libro y deban considerarse en el caso de favorecerla con su concurso.

Supongamos que en Córdoba, en Sevilla, en Granada, en cada una o en muchas de las provincias españolas, apareciese un Comité de propaganda de la Educación al aire libre, todos ellos relacionados cordialmente por lazos re-

gionales y formando una confederación dirigida y asistida por un Comité Nacional...

Supongamos en estos organismos una actuación intensa, de multiplicadas victorias en el ánimo público y en las esferas oficiales.

Entonces (amén de otros beneficios generales grandísimos), sería más que probable que en nuestra Escuela Obrera, por ejemplo, como en cualquier otro Centro semejante de cualquiera ciudad como Córdoba, viéramos pronto resueltos problemas de magnitud tal vez superior a las mayores energías acumulables por una institución docente privada.

Tendríamos en nuestro barrio el correspondiente gran Campo escolar, fundado por el Ayuntamiento, regentado por un especialista de la Educación física y dotado de los elementos más útiles para los ejercicios corporales.

Contaríamos con nuestra magnífica piscina municipal, debidamente acondicionada para que, así en invierno como en verano, en ella se bañasen los alumnos de las escuelas de este distrito de Córdoba.

Dispondríamos de nuestro respectivo lugar en el Preventorio que habría en la Sierra para asistencia de los educandos a quienes la inspección facultativa prescribiese la entrada y curación en tal Establecimiento.

La existencia de cantinas, roperos y colonias escolares, contrariamente a ir languideciendo y acabando, cobraría nuevo vigor, para bien de tanto niño de casa pobre como necesita el arrimo de institutos de dicha naturaleza.

También si, por la fecunda propaganda impresa y oral de personas reputadas como peritas, estuviese el ambiente saturado del conocimiento de las prescripciones higiénicas, sería mucho más fácil

en la Escuela al aire libre la utilización de uno de los mejores resortes de la Educación física, cual es el de recabar de la familia de nuestros alumnos su ayuda eficacísima en lo que atañe a la ventilación de los dormitorios, a la limpieza (no al lujo) de los vestidos y al aseo general del cuerpo.

A la vista de los párrafos precedentes, quizás algún lector me dé por extraviado en plena hipérbole. Yo los redacté, persuadido que, para que en esta labor pedagógica de la que soy oscuro obrero, nos sorprendan fructificaciones insospechadas por lo opimas, bastará con que la corriente a favor de la Escuela al aire libre tenga menos de la mitad, y aún menos de la tercera parte, de la amplitud con que la he imaginado.

Tampoco estimo de exigencia rigurosa que esa corriente sea sólo impulsada

y encauzada por gentes académicas. De núcleos sociales cultos, aunque no provistos de patentes de sabiduría, puede partir el movimiento.

Creo que el espíritu hispano está en sazón para esta campaña...

¿Qué es antes, la riqueza o la cultura? ¿la minoría directora culta o el pueblo sensible y ágil? No trato de descifrar esos dos enigmas profundos, ante el primero de los cuales giraron hace poco en sentido inverso el ilustre fisiócrata señor Senador Gómez y «El Socialista», mientras que ante el segundo circuló sin hallar salida, nadie menos que don José Ortega y Gasset en su «España Invertebrada».

Lo que yo afirmo es que, acaso por el incremento de nuestra riqueza en los últimos quinquenios, hay más minoría culta y masa social también más culta en nuestro país.

Lo que yo sostengo es que ha sonado

una hora en que nos cumple dar por concluso, no diré el pesimismo, el implacable y saludable examen de conciencia de «la generación del 98».

De mi corto viaje por Francia, Inglaterra y Bélgica traje una honda impresión (la analizaría con más espacio), ya fuertemente empírica, ya vivamente sutil, la cual me ha sugerido, en vibrante síntesis, un concepto óptimo, altísimo, de mi territorio nacional y de mi raza.

Frecuentemente, además, examina mi razón aquel portento cultural de la Tercera República, la que, lanzando legiones y legiones de maestros contra su barbarie rural, extrajo de entre los sangrantes restos de la Francia imperialista de la «Débacle», esta admirable democracia, contra cuya musculatura viril se estrellaron los terribles ejércitos teutónicos y en cuyas manos flamea sobre la borrascosa crisis del parlamentaris-

mo latino, la antorcha sagrada de la civilidad y de la libertad.

En cambio, he visto en mi patria el oprobioso derrumbamiento de una organización seudopolítica, que contrajo su mortal dolencia y su más horrible culpa al mantener al pueblo en la ignorancia, al engañarlo y sobornarlo y prostituirlo, en lugar de instruirlo y civilizarlo para que en horas difíciles, supremas, supiese amar con ardor y defender con heroismo su soberanía.

Y pensando en tales cosas y en la generación presente y en la naciente, que, por venturosas circunstancias de nuestra geografía y de las recientes convulsiones extranjeras, van a presenciar días hermosos de resurrección de este pueblo, yo he decidido gritar desde aquí a mis compatriotas, queriendo que lata en mi pluma toda la emoción de mi alma:

¡Invertid de hoy más el tiempo y las

energías de la paz abundosa en la educación racional de nuestras niñas y de nuestros niños!

¡Ved en la Escuela el crisol y en el Maestro el artífice, de la futura, libre y ubérrima España!

Compuesto este libro en Córdoba, diversas fechas entre 15 de octubre de 1926 y 1.° de enero de 1927.



EPILOGO

EPILOGO

No sería vanidad sostener que el siglo XIX tuvo como una de sus mayores victorias la conquista de la ciudad, por medio de servicios públicos, de construcción de edificios sanitarios y administrativos, de organización de la comuna, de instalación de vías urbanas de transporte, de creación de parques, jardines, espectáculos públicos y cuantos otros detalles han poblado de encantos la vida urbana de nuestros días.

Tampoco sería aventurado predecir que, como compensación lógica del triunfo anterior, nuestro siglo XX que actualmente vivimos, se esfuerza en dominar al campo, en cuanto tiene de más atractivo, necesario y bello, en conquis-

tar, en una palabra, la Naturaleza, comprendiendo en ésta todas las fuerzas de vida dispersas en el cosmos, todos los agentes físicos o formas de la energía, buscando en ello no sólo cuanto tiene de útil, sino también y, sobre todo, de bello.

A ello tienden, no sólo los anhelos de las grandes multitudes cosmopolitas, sino también los deportes que se han universalizado más en nuestro siglo y que representan conquistas positivas del hombre para sustraerse de la penosa esclavitud con que la tierra materialmente nos encadena. Mencionemos siquiera el automovilismo, para darnos cuenta concreta de nuestras aseveraciones.

Esta ansiedad de luz, de aire, de bellos horizontes, de lejanas perspectivas, de mares y montañas, de ejercicios arriesgados y violentos, en que la mujer muchas veces sobrepuja al hombre por su

decisión y arrojo, debía tener su natural y decidida proyección en aquella parte de la humanidad que tal vez tiene más derecho que otras a vivir en plena Naturaleza, siempre que sea una Naturaleza domada, una Naturaleza, podríamos decir, muy siglo XX: la infancia, la humanidad del futuro.

He aquí por qué creemos nosotros que el movimiento en favor de las Escuelas al aire libre, aparte las citas eruditas con que adorna su trabajo el señor Vaquero, ha llegado a cuajar en nuestro siglo, como resultado general de una serie de movimientos que empujan a la humanidad entera hacia una vida más sana, más lógica, más integral que la que se fragua en el seno de los núcleos de población.

Las ciudades jardines, los modernos barrios obreros aledaños a los grandes sectores industriales, las ciudades administrativas que se están creando en

países coloniales, todo ello, como las Escuelas al Aire Libre, responde al mismo sistema, al mismo afán, al mismo anhelo de vida libre y recintos puros.

Y es natural que, como antes decíamos, la sensibilidad que cada vez se afina más en el mundo, como consecuencia de la superior cultura que en él se desarrolla, encuentre en el niño, en la creación tierna y delicada que el organismo infantil representa, uno de los sujetos más dignos de ser colocados en ese ambiente que nuestra generación encuentra como más adecuado a las necesidades vitales.

Todos los pronunciamientos científicos vienen además a corroborar ese sentimiento.

Más que otra persona, el niño, propenso a todas las infecciones, a todas las causas morbosas, necesita un medio sano y puro, exento en lo posible de gérmenes patógenos, y que al mismo

tiempo lo tonifique, acreciendo sus defensas diariamente, para mejor sostenerlo en la lucha constante y sostenida que representa el proceso vital.

Esto explica cómo ha crecido, y con cuánta rapidez, la cruzada que en esta obra se propugna con tan elocuentes cifras y con tan incontrovertibles razonamientos. Asusta pensar las condiciones higiénicas y pedagógicas en que se ha tenido a la infancia durante tantos siglos. Todo se concitaba en su contra. Prácticas viciosas que desde el nacimiento acompañaban al niño constantemente, hasta sus edades escolares, han sido vitandos peligros que la moderna ciencia de criar los niños ha conseguido desterrar.

Pero tal vez estén para la infancia los mayores peligros en la convivencia, en el trato social, en la vida en la calle, en locales infectos, en habitaciones malsanas, y, sobre todo, en hórridas Escue-

las, donde se les tiene días enteros como en una mazmorra.

En esa edad crítica del crecimiento, de la pubertad, cuando el organismo necesita más tónicos, más alimentos, más ejercicio, era cuando se ejercitaban esos métodos llamados aún pedagógicos y cuya acerba crítica se hace merecidamente por todas las autoridades en la Pedagogía moderna.

Hay sobre todo un negro fantasma que ronda a la niñez constantemente, y es la tuberculosis. Certeramente ha recogido el señor Vaquero, autor de esta obra en pro de las Escuelas al Aire Libre, datos referentes a la propagación y terrible frecuencia de la espantosa peste blanca, incluso con informes técnicos de especialistas que, cual el del Dr. Violette, vulgariza cifras que deben conocer todos cuantos a cuestiones pedagógicas se dedican.

Flota todavía en la creencia vulgar, y

hasta en el llamado vulgo ilustrado, la opinión de que la tuberculosis es enfermedad de la edad púber en su tránsito a la edad adulta, por ser en tal época de la vida cuando se hacen manifiestos generalmente los síntomas de la tuberculosis pulmonar, una de las formas más dramáticas del temido azote.

Y se cree que los niños ofrecen cierta resistencia contra la infección que el bacilo de Koch determina. Nada más lejano de la realidad que ello.

El niño es siempre el terreno más receptible a la tuberculosis. Aparte de las innumerables formas clínicas que la tuberculosis presenta en las edades infantiles, como las ganglionares, meníngeas, entéricas, etc., importa saber que el contagio de la tuberculosis se verifica casi siempre en esta edad, aun cuando la infección permanezca latente, y no llegue a manifestarse hasta edades más avanzadas. Todos esos adolescentes de ambos

sexos en los que vemos desarrollarse implacablemente una tuberculosis pulmonar, todos o casi todos, han sido infectados en su edad pueril. Los higienistas alemanes sostienen que toda persona cuando llega a los siete años ha sido ya contaminada por el bacilo de Koch. Si su organismo cuenta con suficientes resortes de energía o defensas naturales, esta contaminación no alcanzará los caracteres de verdadero contagio, y la infección habrá sido vencida. Pero si el organismo del niño está mal alimentado, peor vestido, duerme en habitación insana, y durante el día está recluído en aulas insuficientes y mal ventiladas, será una víctima propiciatoria a la tuberculosis, que podrá presentar desde luego manifestaciones clínicas o no, (y a este efecto remitimos al lector a la estadística que menciona el doctor Violette), pero que algún día las presentará con caracteres ya irremediables.

Siempre será la tuberculosis la infección temible en la edad infantil. Por eso contra ella se dirigen todos los esfuerzos de higienistas y pedagogos.

Y, cuando se habla de Escuelas al Aire Libre, de ambientes puros, de alimentación suficiente, de ejercicio necesario, siempre es temiendo a ese horrible espectro que la tuberculosis es para las edades primeras.

Hoy, todavía, estudia la epidemiología un capítulo de «infecciones escolares». Aparte de la solapada tuberculosis, la escarlatina, el sarampión, la poliomiélitis, la tos ferina, la tiña, la sarna y otros muchos contagios son adquiridos por el niño en la Escuela en algunas ocasiones. Eso debe desaparecer. Tendremos derecho, como dice el señor Vaquero, a pensar si la Pedagogía es una ciencia, en tanto que no haya apartado de la vida del niño tantos espectros que hoy la amenazan.

Necesita el niño, si queremos preparar la humanidad para empresas altas, nobles, generosas y fecundas, un ambiente de sanidad, de paz y de dulzura, hacia el que caminamos rápidamente, pero en el cual hay mucho camino por andar todavía.

En el problema de la Escuela al Aire Libre, no sólo se aborda el primer aspecto, el de la sanidad, con el de la alimentación que lleva imprescindiblemente anejo, sino que se insinúan y aún se acometen resueltamente los restantes.

Hogar sano, laborioso y ordenado, lleno de dulzuras y de aspectos gratos para la vida del niño, debe ser la Escuela.

La Escuela al Aire Libre es por hoy una grata realización integral de ese desideratum. Propugnemos por ella, cada cual en la medida que le sea factible (y nada hay más alentador que el ejemplo personal del señor Vaquero, por él ex-

puesto con ciertos detalles en las páginas que anteceden y sobre cuya obra no quisiera insistir mucho por no herir su modestia, pero que el lector avisado podrá deducir de lo aquí leído), porque todos los hombres, seamos padres o no, siempre tenemos que cumplir un sagrado deber de paternidad hacia las generaciones por venir, y sobre ninguna podremos practicarlo más cariñosa y fielmente que sobre aquella que tenemos en nuestras manos.

Afortunadamente, no hay ya pueblo culto que deje de dedicar a las atenciones escolares gran parte de sus desvelos y afanes. Tampoco en España, en estos últimos años, podemos quejarnos de la marcha que va adquiriendo el problema. Caminamos firmemente hacia una total y completa restauración de nuestra Escuela, como el problema más básico de restauración patria.

Rafael Castejón



ÍNDICE

DEL MISMO AUTOR

EN PROSA:

DEL DRAMA DE ANDALUCÍA

(Anécdotas e Historia contemporánea social y política)

UN VOLUMEN DE 400 PÁGS.

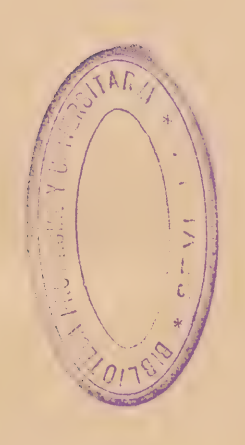
EN VERSO:

AMOR Y LIBERTAD

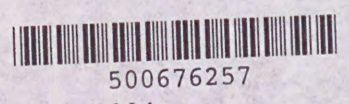
(EDICIÓN AGOTADA)

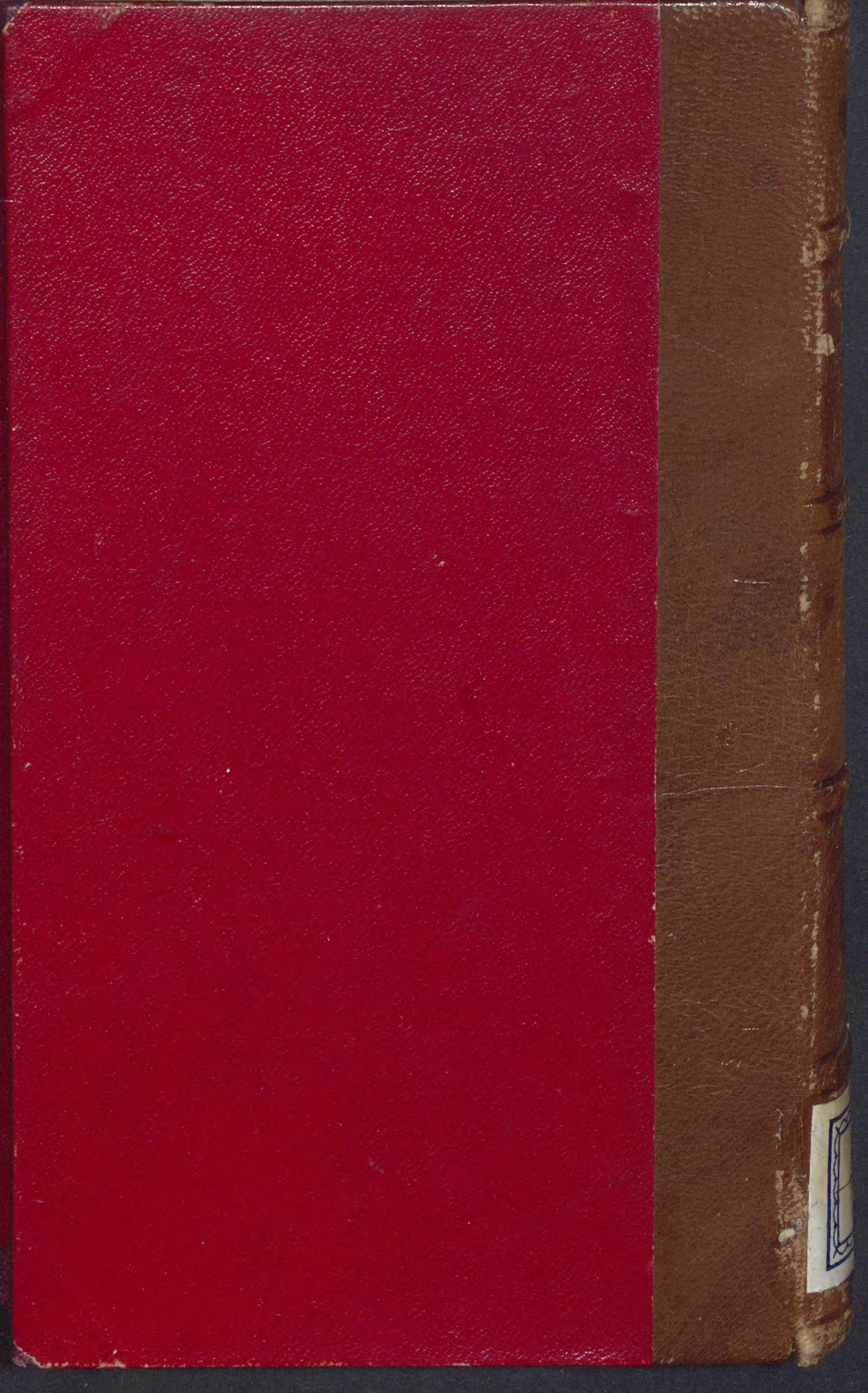
HIELES DEL PARO

(Poema en habla andaluza)










ESCUELAS
AL
AIRE LIBRE
1926